

Índice de contenidos

Introducción.....	2
Justificación del trabajo.....	2
Estado de la cuestión.....	4
Metodología y fuentes.....	6
1. El escenario: el mar Mediterráneo en el siglo XV.....	7
1.1. Cultura naval y sus recursos: barcos y sus tipologías.....	7
1.2. Antes y después de Constantinopla: desde el auge de los piratas berberiscos hasta la campaña de Don Pedro Navarro.....	7
2. El apogeo de los corsarios turco-berberiscos: sus representantes más significativos.....	11
2.1 Aruj Barbarroja.....	11
2.2 Jeireddín Barbarroja.....	14
2.3 Otros corsarios de renombre.....	18
3. Hacia Malta y Lepanto. ¿El fin de la hegemonía turca?.....	20
3.1 La Orden hospitalaria de San Juan de Jerusalén.....	21
3.1. El sitio de Malta.....	24
3.2. De Malta hasta Lepanto.....	27
4. Conclusiones.....	30
Bibliografía.....	32

Introducción

Justificación del trabajo

En el año 1453 los turcos otomanos conquistan Constantinopla, ciudad que durante siglos había evitado la entrada del poder musulmán de oriente en la Europa cristiana. El endurecimiento del trato dado a los musulmanes en Europa tras la conquista del reino nazarí de Granada creó también un nuevo foco de conflicto entre cristiandad y mahometanos en occidente, lo que deterioró las fructíferas relaciones comerciales que algunas naciones europeas como Venecia y Génova mantenían con los territorios de la costa africana. Se abre así un nuevo ciclo de hostilidad entre musulmanes y cristianos. La Europa dominada por la hegemonía de los Habsburgo tendrá que hacer frente a los ataques de berberiscos y otomanos por igual. La contienda entre los grandes imperios de oriente y occidente era ya ineludible.

Esta nueva guerra que se avecinaba se librará en torno a un objetivo, el mar Mediterráneo, eje que vertebraba el funcionamiento de Europa. De este modo las aguas mediterráneas serían testigo de más de un siglo de batallas, saqueos, pillajes y persecuciones. Dominar el mar requería una marina potente y una industria naviera capaz de producir barcos a la altura de la ardua tarea que se presentaba, así, la guerra naval alcanzó en el siglo XVI una escala nunca vista hasta la fecha, las flotas que surcaron el Mediterráneo superarían ampliamente los varios centenares de navíos y algunas de las embarcaciones lograron proporciones titánicas, como la imponente galera del almirante veneciano Alejandro Condulmiero.

Grandes flotas, grandes navíos y, por supuesto, grandes hombres. Este será el siglo en el que los máximos dirigentes de Europa, como Carlos V y su sucesor, Felipe II y figuras del almirantazgo europeo como Andrea Doria se encontrarán cara a cara con Solimán el magnífico y los corsarios que asolaron el mar en su nombre: Aruj y Jeireddín Barbarroja, Dragut, Aluch Alí,... Tampoco podemos olvidar el papel que jugaría el papado de Roma a la hora de unir a las naciones cristianas contra el enemigo musulmán, desde Pio III hasta San Pio V o Gregorio XIII, los pontífices llamaron a la cristiandad a una causa común para defender el Mediterráneo de la media luna turca.

Y precisamente enarbolando la causa cristiana actuaría el último de los participantes en esta colosal campaña, la orden hospitalaria de San Juan de Jerusalén. Los caballeros hospitalarios tenían siglos de historia tras de sí, y durante el XVI hicieron de la defensa del Mediterráneo contra los infieles su razón de ser, lo que, por otro lado, no les impidió convertirse en corsarios ellos mismos, siguiendo un modelo que, de hecho, era muy similar, por no decir prácticamente idéntico al turco. Llevarían a cabo su actividad corsaria primero desde la isla de Rodas y más tarde desde Malta y Trípoli.

En las siguientes páginas voy a tratar de mostrar el desarrollo de este conflicto y como afectó este al futuro de Europa e incluso del mundo. Siguiendo la estela que dejaron tras de sí los enfrentamientos y campañas bélicas de este siglo intentaré ahondar en sus causas y sus implicaciones, para así trazar una línea que nos lleve por casi la totalidad del siglo XVI, acompañando a los protagonistas de estas hazañas en su incesante combate por conseguir el dominio del mar Mediterráneo.

Este trabajo ha sido realizado como un Trabajo de Fin de Grado (TFG) para el Grado de Historia de la Universidad de Zaragoza. El TFG es la última asignatura del grado y para su realización el alumno debe poner a prueba todos los conocimientos adquiridos durante su formación. La elección de este tema viene dada por dos inquietudes que a lo largo de mi aprendizaje como historiador he ido desarrollando. La primera es la curiosidad por el mundo musulmán, pues desde

que empecé a cursar las asignaturas del grado tuve la sensación de que gran parte de la historia que se me estaba enseñando estaba demasiado centrada en Europa y el mundo occidental, a raíz de esto y quizás siguiendo mi extraña tendencia a ir siempre contracorriente, empecé a interesarme por aquello que quedaba más allá de las fronteras europeas. ¿Cuáles eran los procesos que habían dado forma a oriente? ¿Cuál era la visión del mundo oriental sobre el occidental? ¿Quiénes fueron los protagonistas de su historia? Todas estas preguntas se arremolinaban en mi cabeza con cada vez más fuerza.

El profesor que me ayudó a alimentar y a dar forma a este interés por el mundo oriental fue Gabriel Sopeña, en su asignatura “Formación de las sociedades complejas”, pero sobre todo en la asignatura “Historia de las religiones”, donde tuve la ocasión de aprender sobre la importancia del islam en el devenir del mundo oriental y sus relaciones con occidente. Posteriormente en la asignatura “Historia del Islam” que cursé bajo la tutela de José Luis Corral terminé de perfilar este interés. De este proceso surgió en mi un profundo anhelo por aprender más sobre la religión y la cultura mahometana y su huella en el mundo, el cual se vio acrecentado también por cuestiones de rabiosa actualidad, como la guerra en Siria o el terrorismo ultra fundamentalista. Quería conocer más sobre el pasado del mundo musulmán para intentar comprender su presente.

La otra cuestión que me empujó a elegir este tema, quizás la menos “ortodoxa”, es mi pasión por el fenómeno de la piratería y la cultura pirata. No sabría dar una causa exacta, pero esta cultura siempre ha suscitado gran curiosidad en mí, quizás por la idealización moderna y no tan moderna (aún soy capaz de recitar de memoria algunos de los versos de la *Canción del Pirata* de Espronceda) que la literatura y los medios audiovisuales han hecho de ellos: carismáticos aventureros, libres del yugo de la sociedad. Creo que es un tema singular y emocionante, del que tengo intención de seguir aprendiendo, pues realmente me apasiona.

Dadas estas premisas me encontré con la oportunidad de realizar un trabajo sobre los piratas turco-berberiscos, aunando así mis dos focos de interés: profundizar en mi conocimiento sobre la historia del mundo musulmán y estudiar una de las vertientes menos conocidas del ámbito pirata. Con esta idea en mente acudí a mi tutor, Enrique Solano, para que me aconsejara sobre cómo desarrollar este concepto inicial. Siguiendo sus recomendaciones decidimos ampliar el enfoque para así tener la oportunidad de investigar la reacción europea a este fenómeno y el otro gran foco de acción corsaria en las aguas mediterráneas durante este siglo que, para mi sorpresa, era de proveniencia cristiana: los caballeros de la orden hospitalaria de San Juan de Jerusalén. Así pasamos de una investigación sobre el fenómeno corsario berberisco y otomano a un análisis más amplio del conflicto y las relaciones de poder que envolvieron el Mediterráneo durante este periodo, fijando nuestra cronología, con límite superior en Lepanto (1571). En este trabajo los corsarios turcos van a seguir teniendo un papel prominente, pues no por nada fueron durante casi la totalidad del siglo los dueños del Mediterráneo y el mayor enemigo al que tuvo que hacer frente la cristiandad.

Con este planteamiento, me propuse una serie de objetivos para este trabajo, a través de los cuales sintetizar y estructurar su desarrollo y que son los siguientes:

- 1) Presentar a los principales protagonistas del conflicto por el control del mar Mediterráneo a lo largo del siglo XVI, analizar su trasfondo y su trayectoria y discernir las relaciones entre todos ellos, las cuales moldean el escenario en el que la contienda se va a llevar acabo.

- 2) Señalar la importancia capital que este conflicto tiene para la historia de Europa y su avance hacia el siglo XVII, durante el cual este conflicto seguirá abierto. En general, mostrar el valor

que este fenómeno tiene para el estudio y la comprensión de la época moderna y la construcción del mundo contemporáneo.

3) Analizar también este conflicto como parte del enfrentamiento religioso entre islam y cristianismo, que desde el siglo VII ha dinamizado la historia. Esta contienda se consolidaría como la mayor lucha de raíces culturales (o al menos cuyas causas inmediatas apuntan a esto) que haya presenciado la humanidad, tal y como la historia reciente ha mostrado. Plasmar como reaccionaron una religión y la otra a este nuevo escenario de lucha, cuál era su posición respecto al corso y la piratería y como transformó este fenómeno la cultura de ambos bandos. Además, pretendo romper con la interpretación maniquea del “cristiano bueno y justo” y el “infiel malvado” que el mito occidental ha arrastrado hasta nuestros días.

4) Observar además el propio fenómeno cultural de la piratería mediterránea y sus distintos agentes, esclareciendo además la diferencia entre pirata y corsario.

Además, creo preciso señalar que, aunque la cronología de este trabajo en concreto solo abarca hasta Lepanto (1571), el conflicto entre las potencias occidentales cristianas y las musulmanas sobre el mar Mediterráneo permanecerá abierto durante al menos dos siglos más.

Estado de la cuestión

El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II de Fernand Braudel¹ es sin duda la obra que viene a la mente de cualquier historiador al pensar en los marcos contextuales de este trabajo. La obra de Braudel es sin duda un referente que aporta multitud de perspectivas, entre ellas resulta de especial interés su forma de establecer la geografía como factor determinante para el desarrollo de los procesos históricos. Braudel es el pionero del estudio de la historia a través de los procesos de larga duración, enfoque que permite discernir diferentes niveles de profundidad al trabajar sobre un suceso y trazar relaciones entre hechos que de otra forma podrían parecer aislados. Muchos autores han profundizado sobre la base que asentó Braudel, sumergiéndose en alguna de las muchas miradas que este autor de la escuela de Annales lanza sobre el Mediterráneo.

Sobre la figura de Felipe II y su papel dentro de este conflicto han escrito, entre otros, Henry Kamen² o I.A.A. Thompsom³, centrándose especialmente en su administración política y militar y en su figura como referente de la cristiandad en toda Europa. Del mismo modo también hay bastante bibliografía dedicada a la figura de Carlos V, imprescindible para este estudio. Escribe sobre él, de manera reciente, David Hernán⁴ en un tono que podríamos definir como “pesimista”, pues nos presenta todos los problemas de gestión a los que tuvo que enfrentarse este emperador y el foco de problema constante que supuso para su gobierno la pugna contra el protestantismo y su rivalidad con Francia, lo que redujo drásticamente su capacidad de acción en el Mediterráneo. También dispone de una amplia bibliografía sobre Carlos V Manuel Fernández Álvarez⁵, toda una eminencia en el estudio del siglo XVI español.

En todo lo referente al apartado bélico, que es el que más va a abundar en este trabajo, es posible encontrar multitud de obras acerca de algunos de los episodios más célebres, este es el caso

¹ BRAUDEL, Fernand, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. S.L. Fondo de cultura económica de España, México D.F. 1987 (orig. 1949)

² KAMEN, Henry. *Felipe de España*. Siglo XXI de España, Madrid, 1998

³ THOMPSON, I.A.A. *Guerra y decadencia gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Crítica, Barcelona, 1981

⁴ GARCÍA HERNÁN, David. *Carlos V: imperio y frustración*. Ediciones Paraninfo, Madrid, 2016

⁵ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. *Carlos V, el cesar y el hombre*. Espasa, Madrid, 1999

de la batalla de Lepanto, con Luciano Serrano⁶, Alessandro Barbero⁷ o Víctor Jurado⁸ entre sus estudiosos y el sitio de Malta, objeto de estudio para Jaime Salva⁹, que ofrece en sus páginas una completísima historia de la orden de Malta y todas sus acciones contra el imperio otomano; Noel Malcom¹⁰, que presenta sus tesis a través de un estudio biográfico y Hugo Cañete¹¹, con un tono algo más novelístico. Existen, además, gran cantidad de artículos en publicaciones académicas que abordan esta y otras cuestiones relacionadas con el periodo, como, por ejemplo, el número 36 de *Studia Historica: historia moderna*, dedicado exclusivamente al conflicto del que venimos hablando y que lleva por título “Duelo entre colosos: el imperio otomano y los Habsburgo en el siglo XVI”; “The Siege of Malta, 1565, revisited”, escrito por Víctor Mallia-Milanes¹² y publicado en la revista *Storja* o el artículo sobre la conquista de Rodas escrito por Ricardo González Castrillo¹³.

Sobre el imperio Otomano y sus corsarios podemos encontrar información en las biografías de Solimán el magnífico, como la de Roger Bigelow¹⁴ o en algunos ejemplares dedicados al estudio en mayor profundidad del fenómeno del corso, como la obra de Ramiro Feijoo¹⁵, de carácter más divulgativo, la de Bunes Ibarra¹⁶ o la que ha sido mi obra de referencia para esta cuestión durante la realización del trabajo, *Los corsarios berberiscos* de Stanley Lane-Poole¹⁷, historiador británico del siglo XIX, hispanista y que dedicó gran parte de su obra al estudio de las diferentes vertientes de la cultura musulmana, además de uno de los primeros autores en trabajar sobre este fenómeno. Esta obra en concreto fue reeditada en 2011, y esta es la versión que yo he utilizado. Una vez más contamos también con artículos académicos, como el de Andreu Seguí Beltrán¹⁸ sobre el corso en las baleares o algunos del ya mencionado número 36 de *Studia Historica: historia moderna*.

En líneas generales las conclusiones a las que muchos de estos autores terminan dirigiéndose son que este es un periodo que requiere de más estudio y, particularmente, mayor cantidad de fuentes otomanas o africanas que complementen las que ya conocemos. Por otro lado, parece que hay un consenso a la hora de afirmar que el Imperio Otomano fue uno extremadamente belicoso y que era su inclinación a la guerra lo que iniciaba siempre los conflictos. Algunos autores, como el propio Bunes Ibarra¹⁹, incluso identifican esta belicosidad como una forma de mantener la expansión del islam mediante la guerra santa. Por parte de Europa, o más concretamente, de

⁶ SERRANO, Luciano. *España en Lepanto*. Editorial Swan, S.L. Avantos & Hakeldama, Madrid, 1986

⁷ BARBERO, Alessandro. *Lepanto, la batalla de los tres imperios*. Ediciones Pasado y Presente, Barcelona, 2011

⁸ JURADO RIBA, Víctor J. *La nobleza catalana en Lepanto. Una aproximación desde la galera capitana de Luis de Requesens*. Fundación española de historia moderna, Madrid, 2018

⁹ SALVA, Jaime. *La orden de Malta y las acciones navales españolas contra turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII*. Instituto histórico de marina, Madrid, 1944

¹⁰ MALCOM, Noel. *Agentes del imperio*. Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2016

¹¹ CAÑETE, Hugo A. *Los Tercios en el Mediterráneo. Los Sitios de Castelnuovo y Malta*. Ediciones Platea, 2015.

¹² MALLIA-MILANES, Víctor. “The Siege of Malta, 1565, revisited”, *Storja* 2015. Malta University Historical Society. Págs. 1-18

¹³ GONZALEZ CASTRILLO, Ricardo. “Sobre la conquista otomana de Rodas”, *Anaquel de estudios árabes*. Universidad rey Juan Carlos. Nº18 (2007), págs. 117-135

¹⁴ BIGELOW MERRIMAN, Roger. *Solimán el magnífico*. Espasa, Buenos Aires, 1946

¹⁵ FEIJOO, Ramiro. *Corsarios berberiscos. El reino corsario que provocó la guerra más larga de la historia de España*. Carroggio, Barcelona, 2003

¹⁶ BUNES IBARRA, Miguel Ángel de. *Los Barbarroja: corsarios del Mediterráneo*. Alderabán, Madrid, 2004

¹⁷ LANE-POOLE, Stanley. *Los corsarios berberiscos*. Editorial Renacimiento, 2011 (orig. 1890)

¹⁸ SEGUÍ BELTRÁN, Andreu. “El corso en Baleares en el siglo XVI”, *Drassana*. Universitat Pompeu Fabra y Universitat de les illes Balears. Nº23 (2015), págs. 114-123

¹⁹ BUNES IBARRA, Miguel Ángel de. “La defensa de la cristiandad: las armadas en el Mediterráneo en la Edad Moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna*. Anejos. N.º 5, págs. 77-99.

España, no sería hasta que Felipe II pudo pactar con Enrique II de Francia (después de que este sucediera a Francisco I) la paz de Cateau-Cambrésis (1559)²⁰ cuando pudo el monarca centrar sus esfuerzos en combatir a su enemigo en el Mediterráneo, lo que explica, en concordancia con las fuentes consultadas, la preponderancia musulmana en este conflicto durante la primera mitad del siglo XVI y el viraje que se produce a partir de 1560 y sobre todo de 1565.

Metodología y fuentes

Toda la información reunida para este trabajo ha sido extraída exclusivamente de fuentes secundarias, volúmenes o artículos de autores. La naturaleza de estas fuentes requiere que se contraste la información para garantizar la fiabilidad de la misma, especialmente si tenemos en cuenta que al trabajar sobre un conflicto entre dos bandos tan diferenciados las fuentes pueden estar sujetas a un discurso que favorezca a uno o a otro. Precisamente respecto a la naturaleza de las fuentes surge el principal problema de este trabajo, pues ya he mencionad antes lo occidentalizada que está la historia en Europa.

Y es que, pese a que hay suficientes autores como para abordar el tema y contrastar la información, la gran mayoría de ellos mantienen en su análisis el punto de vista occidental y cristiano. Siendo el foco de este trabajo el enfrentamiento entre dos imperios en guerra sería excepcional disponer de fuentes procedentes de los dos, para poder contrastarlas entre ellas, pero todas las fuentes a las que he tenido acceso mantienen el prisma europeo. Esto no quiere decir que no haya fuentes otomanas o de procedencia extra europea, pero me son inaccesibles dada la barrera del lenguaje y las limitaciones implícitas en un trabajo realizado por un universitario. Las fuentes de procedencia islámica (bien turca, bien africana) que han llegado a Europa y han sido recogidas por autores europeos son prácticamente nulas, así que tuve que adaptarme a las circunstancias y valerme de las fuentes a mi disposición. Pese a su "unilateralidad", creo que he conseguido mantener un encuadre imparcial y justo.

El otro problema que se me presentó es el enfoque del trabajo. Como ya he dicho mi intención inicial era plantear la investigación centrada únicamente en el fenómeno de la piratería turca y berberisca, ignorando el papel de sus contrapartes cristianas y las naciones europeas. La intención de esto era poder realizar un análisis sobre este fenómeno tan profundo como pudiera, pero hacer esto hubiera supuesto perder la perspectiva del contexto histórico que estaba trabajando, además de tener que ampliar significativamente mi marco cronológico. Acotando la cronología y ampliando el enfoque del trabajo, quizás lo esté alejando un poco de mi interés original, pero a cambio he podido ampliar los horizontes de mi trabajo y manejar un espacio cronológico mucho más claro y manejable, que además es de enorme relevancia para la historia moderna.

Durante la redacción del trabajo he querido combinar el análisis de los procesos y su interrelación a través de los personajes fundamentales que toman parte en los mismos, con episodios descriptivos para detallar el desenlace de algunos de los encuentros bélicos más trascendentales del siglo XVI, apoyándome en todo momento en la bibliografía.

²⁰ KAMEN, Henry. Op. Cit.

1. El escenario: el mar Mediterráneo en el siglo XVI

1.1. Cultura naval y sus recursos: barcos y sus tipologías

Antes de abordar en profundidad el panorama mediterráneo y los procesos que le darán forma, creo conveniente dedicar unas líneas a describir las embarcaciones que iban a tripular los marinos de este periodo, ya que van a ser tan protagonistas del devenir del siglo XVI como aquellos que paseaban sobre sus cubiertas. Los diseños de las embarcaciones de este siglo van a responder a la nueva necesidad que es la guerra naval, los barcos serán más grandes, más rápidos y muchas veces su diseño y características serán tan importantes en la batalla como la tripulación que los comanda. La forma de embarcación más generalizada en este siglo es la galera²¹, cuya utilización se remonta a la antigüedad, pero que es ahora cuando alcanza la cúspide de su desarrollo tecnológico. La galera era un barco impulsado tanto por vela como por remos, por norma general rondaban los 42 metros de eslora, aunque hubo galeras más grandes, de su forma era característica el espolón de proa, una punta de hierro o bronce que se usaba para embestir otras embarcaciones, tenían dos o tres palos según su tamaño y entre 20 y 26 bancas de remos por banda, con unos siete remeros en cada una. La galera era una nave diseñada exclusivamente para la guerra.

Más pequeña y rápida que la galera era la galeota²², de 35 metros de eslora. A diferencia de las galeras, que tenían varias velas trapezoidales, la galeota llevaba solo una y no más de 20 bancas de remos por banda, que eran además individuales. La galeota llevaba artillería ligera para que el peso de los cañones no la entorpeciera demasiado. Estas embarcaciones eran más ágiles y discretas que las galeras, lo que las hacía populares entre piratas y corsarios. En el otro extremo estaba la galeaza, la nave de mayor tamaño construida en el siglo XVI, diseñada para llevar más artillería que la galera y soportar mejor las travesías en mar abierto. De hasta 60 metros de eslora y tres palos, las galeazas podían cargar con gran cantidad de piezas de artillería, pero su enorme tamaño las hacía muy difíciles de maniobrar, requiriendo más de 30 remos por banda y más de 8 hombres por remo, lo que a la larga demostró ser un gran problema en batalla.

Estás serían las embarcaciones más comunes en la época, pero también existieron otros tipos de naves, como los veleros bergantines, muy extendidos entre los piratas y corsarios, las carracas, grandes barcos de carga usados para los viajes transoceánicos y para fines comerciales o las carabelas, naves ligeras usadas también para el comercio y exploración, que fueron cayendo en desuso a lo largo de este siglo. En general estas eran embarcaciones bastante extendidas, pero con fines ajenos a la empresa bélica, que era donde las galeras brillaban. En palabras de I.A.A. Thompson:

“El siglo XVI fue la edad de oro de las galeras o, más exactamente, la edad de oro de las grandes batallas navales entre galeras, sin precedentes en cuanto a magnitud ni en cuanto a la cantidad de potencias navales permanentes”²³

1.2. Antes y después Constantinopla: Desde el auge de los piratas berberiscos hasta la campaña de Don Pedro Navarro

1492 fue un año clave para la historia de la humanidad, el año en el que se descubre el nuevo mundo y con él, todo un mar de oportunidades para aquellos dispuestas a aprovecharlas. El

²¹ Anexos. Ilustraciones, N.º 2

²² Anexos. Ilustraciones, N.º 1

²³ THOMPSON, I.A.A. Las galeras en la política militar española en el Mediterráneo durante el siglo XVI”, *Manuscripts: Revista d'història moderna*. Europe Manuscripts. N.º 24 (2015), pág. 96

oro y la plata de las américas fluyeron por toda Europa y dieron un renovado vigor a la economía del momento. En ese año los reyes católicos conquistaron el reino nazarí de Granada y acabaron con la presencia de los reyes musulmanes en la península. Este hecho fue el inicio de una campaña de unificación territorial bajo el credo católico que los reyes y sus futuros sucesores desarrollarían cada vez con más intensidad (a medida que la amenaza musulmana era cada vez más peligrosa). En el año 1502 y siguiendo esta política, se llegó a la resolución de que todos los mudéjares de los reinos de Castilla y Aragón debían convertirse al cristianismo. Como respuesta muchos de ellos se exiliaron al norte de África. Este fue el punto de ruptura, el momento en el que se prendió la chispa que reavivaría las llamas del conflicto religioso en el Mediterráneo occidental.

Y estos términos no están escogidos al azar, pues durante los siglos anteriores las relaciones entre las naciones europeas y la costa del norte de África habían sido bastante cordiales. La población africana era tolerante con las religiones ajenas y el clima de sosiego favorecía los acuerdos comerciales, hasta el punto de que muchas ciudades africanas tenían embajadores o cónsules europeos y existían compañías africanas de comercio. Para Europa esto era realmente beneficioso, pues dada la geografía del Mediterráneo, el estrecho de Gibraltar era (y es) el único punto de acceso desde el Atlántico, por donde regresaban los barcos desde América y la costa africana era la “frontera meridional”²⁴ del comercio marítimo en el Mediterráneo occidental. El puerto de Túnez, la Goleta, era uno de los más transitados de la zona.

Antes de alcanzar estos tiempos de relativa paz ya habían existido conflictos en las aguas del Mediterráneo, a través de los cuales nos podemos retrotraer hasta el dominio Omeya en la península, cuando las flotas de los califas fatimíes (909-1171) se enfrentaban a las naves andalusíes. Durante la Edad Media el norte de África pasó por fases de gobierno muy convulsas, tras el declive de las dinastías califales sus territorios se organizaron en principados independientes, a esto siguieron dos etapas de unificación, primero bajo el poder almorávide y más adelante con el gobierno almohade. Finalmente, la caída y disolución de estos últimos resultó en el auge de tres dinastías diferentes que se hicieron fuertes en distintos puntos del territorio: los Beni Hafs (1228-1535) en Túnez, los Beni Ziyani (1235-1400) en el Magreb central y los Beni Merin (1200-1550) en Marruecos. Fue con la implantación de estas dinastías cuando las relaciones entre África y Europa alcanzaron su mejor momento, que cronológicamente podemos situar a partir del S. XIII. La excelente gestión de los Beni Hafs, que se mantuvieron en el trono durante tres siglos, dio a Túnez el renombre que antes mencionaba, la relación Génova-Túnez era excepcional y los acuerdos comerciales entre las grandes potencias mercantiles europeas (Pisa, Génova, Provenza, Aragón y Venecia entre otras) y las ciudades del norte de África como la ya mencionada Túnez, Tremecén o Fez se renovaban constantemente. Los reyes norteafricanos también entablaron relaciones amistosas con el papado. Este periodo que casi parece idílico no estuvo exento de conflictos, pero nunca alcanzaban demasiada intensidad. También hubo, por supuesto, piratería.

Los antecedentes más antiguos de la piratería musulmana en el Mediterráneo occidental nos llevan de nuevo atrás en el tiempo, entre los siglos X y XI, cuando los califas fatimíes habían conseguido someter todas las grandes islas del Mediterráneo. A partir del S. XIII los acuerdos comerciales expresaron también la prohibición de la piratería, pero aun así musulmanes y cristianos la ejercieron por igual, pues la inexistencia de marinas profesionales y organizadas les permitía actuar con casi total impunidad. Estos piratas actuaban a título individual y privado, es decir, no eran corsarios comisionados como los del S. XVI. De estos piratas los genoveses, aragoneses y tunecinos eran los más destacados y en líneas generales, serían los piratas de procedencia cristiana los que

²⁴ LANE-POLE, Stanley. Op. cit. Pág. 29

más abundarían en el Mediterráneo. La actividad pirática cristiana decayó a partir del S. XIV, debido a la creación de nuevas flotas comerciales de mayor tamaño.

De modo que, superado el periodo conflictivo y convulso de los siglos X, XI y XII se llega en el S. XIII a un estado de paz, donde las relaciones entre Europa y África son estables, el comercio fluye y la economía es próspera. Los conflictos son puntuales y de impacto ínfimo y aunque la piratería es un problema constante, que ni si quiera los pactos y tratados del S. XIII consiguen solucionar, las nuevas flotas del S. XIV la hacen caer en picado. Esta coyuntura se mantuvo hasta la segunda mitad del S. XV, cuando la conquista de Constantinopla a manos del poder musulmán de oriente, los otomanos, agitó el mundo islámico. El repentino estallido de violencia cogió desprevenidos a los gobernantes norte africanos, que tras siglos de paz no estaban preparados para hacer frente al fervor combativo y anti cristiano que los turcos habían desatado.

Y en estas circunstancias regresamos al año 1502 en la península ibérica, donde el exilio que provocó la conversión forzosa de los mudéjares sería el último alimento que las llamas prendidas por los turcos en Constantinopla necesitaban. Cuando los musulmanes huyeron de España muchos de ellos se asentaron, como hemos visto, en la costa norte africana, en lo que conocemos como “Berberia”, donde ya a partir de 1453 había resurgido la acción pirática. Los territorios del interior eran fértiles y permitieron asentamientos estables que empezarían a crecer gracias al flujo de población que llegó de la península. Los “berberiscos” ocuparon también los principales puertos de la costa: Túnez, Argel, Cherchell y Orán, así como los antiguos puertos de Cartago y la colonia de Porto Farina²⁵.

Desde estas posiciones comenzaron a hostigar a las naves españolas que surcaban el Mediterráneo frente a su costa, quizás como un acto de venganza, o puede que simplemente como una solución rápida para sostener su economía (aunque no podemos negar la influencia del nuevo empuje de violencia musulmana). Los piratas se desplazaban en bergantines rápidos y de pequeño tamaño, llamados *firkata* y asaltaban naves más grandes sorprendiéndolas con la velocidad de sus embarcaciones. En otras ocasiones realizaban expediciones de saqueo contra las costas del sur peninsular, donde aún residía mucha población de origen musulmán, que había sido convertida forzosamente y que no dudaba en brindarles apoyo si era necesario. Este era un oficio arriesgado, pero próspero, incluso hay quien diría que es precisamente el factor del riesgo y la aventura lo que atraía a los berberiscos a esta vida²⁶. Los botines que traían los piratas de vuelta a sus puertos facilitaban el mantenimiento de sus ciudades y hacían crecer su economía, en ocasiones también traían consigo musulmanes que habían decidido acompañarlos y abandonar la península ibérica, lo que significaba un potencial aumento del número de corsarios. Para cuando la monarquía hispánica se percató de la magnitud del problema la cultura pirata estaba ya tan arraigada en la costa que eliminarla iba a ser prácticamente imposible.

No obstante, antes incluso de que España tuviera la ocasión de fijarse en el resurgimiento de la piratería en la costa norte africana, fueron los turcos otomanos en Oriente los que hicieron sonar las alarmas por toda la cristiandad. El papa Alejandro VI hizo un llamamiento para hacer frente al enemigo común y, para poder combatir a aquellos que habían tomado Constantinopla, Fernando el Católico y Luis XII de Francia firmaron, en el 1500, un acuerdo de repartimiento de Nápoles, reino

²⁵ BUNES IBARRA, Miguel Ángel de. “Bases y logística del corso berberisco”, *La expulsión de los moriscos y la actividad de los corsarios norteafricanos: XLI Jornadas de Historia Marítima, ciclo de conferencias-octubre 2010, cuadernos monográficos*. Ministerio de Defensa, Dirección General de Relaciones Institucionales, Madrid, N.º 61 (2011)

²⁶ LANE-POOLE, Stanley. Op. Cit.

por el que estaban hasta ese momento en disputa²⁷. También por esas fechas fue cuando Venecia pidió auxilio internacional para defender Modona, uno de sus puertos en Grecia. En respuesta, Fernando envió una flota comandada por Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. La flota partió desde España y desembarcó, tras un viaje complicado, en el puerto de Mesina (Sicilia), para entonces Modona ya había caído. Desde Mesina la flota española hizo escala en Corfú y después en Zante, donde les esperaba una flota veneciana dirigida por Benedicto Pésaro. Reunidas ambas armadas los dos generales discutieron cual era el plan a seguir. Decidieron atacar juntos la vecina isla de Cefalonia, que estaba bajo el dominio turco. Las fuerzas hispano-venecianas consiguieron expulsar a los turcos de la guarnición más grande de la isla, el castillo de San Jorge. No obstante, ambos capitanes estuvieron de acuerdo en que permanecer más tiempo en aguas turcas era peligroso y que Modona era ya una causa perdida, por lo que decidieron retirarse.

La situación en el mar era cada vez más preocupante para Fernando el católico. A la presencia otomana en oriente se sumaron los ataques de los berberiscos, cada vez más frecuentes y violentos. No sería hasta el año 1508 cuando España decidiría tomar medidas contra esta nueva “plaga” que atacaba a sus barcos y hostigaba sus costas. Para este propósito el cardenal Cisneros envió al general Don Pedro Navarro, que había servido junto con el Gran Capitán durante su campaña por las islas griegas. El general dirigió su flota en una empresa que le tomaría dos años, durante los cuales atacó y hundió numerosas embarcaciones de los piratas y tomó muchas de sus posiciones en la costa de África, entre ellas Orán, Bugia, Argel, Trénès y Tremecén, aunque Túnez y la isla de Yerba resistieron bajo el dominio berberisco. Para consolidar estas posiciones Navarro mando edificar guarniciones españolas en las plazas conquistadas, de entre ellas sería infame para los berberiscos el peñón de Argel.

La campaña de Navarro supuso un duro golpe para los berberiscos, que nada pudieron hacer frente a las naves españolas, pero la costa africana se había consagrado a la piratería y nada de lo que hicieran los españoles podía ya cambiar eso. Habiendo caído los piratas africanos bajo el férreo control de los españoles, era el momento de que entraran a escena los grandes protagonistas que definirían el futuro de España, África y todo el Mediterráneo en los años que estaban por venir, siguiendo la estela que habían dejado los piratas berberiscos.

²⁷ ARROYO RODRIGUEZ-VALDÉS, Alberto. *Guerras y diplomacia en Italia durante el gobierno de Fernando el Católico*. Documentos de trabajo U.C.M, Biblioteca histórica. 2016

2. El apogeo de los corsarios turco-berberiscos: sus representantes más significativos

2.1. Aruj Barbarroja

En el año 1474 nace en la isla de Lesbos Aruj, que sería uno de entre cuatro hermanos. Lesbos había sido conquistada por el sultán otomano Mohamed II en el 1462. Según las fuentes españolas el padre de Aruj y sus hermanos sería un sacerdote cristiano llamado Yakub, mientras que los analistas turcos mantienen que Yakub era un *sipahi*, un miembro de la caballería de élite del ejército otomano, esta es al menos la información que proporciona Stanley Lane-Poole, aunque no da más información sobre sus fuentes. En general, la discusión en torno al origen de los progenitores de Aruj y sus hermanos nunca ha sido resuelta. Las fuentes difieren entre sí prácticamente en todo²⁸.

Aruj y sus hermanos pronto se hicieron a la mar como piratas, muy posiblemente empujados por la necesidad, pues en Lesbos se vivía una época aciaga, fruto del conflicto entre turcos y venecianos. En una de sus campañas su barco fue asaltado por los corsarios hospitalarios de Rodas, en el combate su segundo hermano, Elias, murió y Aruj fue tomado prisionero y vendido como esclavo. Por suerte para el pirata, pudo escapar de su cautiverio al poco tiempo y llegar hasta la península de Anatolia, el corazón del Imperio Otomano. Estando allí Aruj conoció al príncipe Korkud, uno de los hijos del entonces sultán Bayezid II. Aruj entabló amistad con el príncipe, pero a la muerte de Bayezid II sus hijos emprendieron una guerra fratricida para hacerse con el trono del imperio. En esta guerra Korkud terminó siendo ejecutado por su hermano Selim, quien terminó ascendiendo al poder como el sultán Selim I. Aruj se vio en la necesidad de huir, pues sabía que Selim tomaría represalias contra todo aquel que hubiese apoyado a su hermano, de modo que volvió a hacerse a la mar como pirata en el Mediterráneo oriental. No obstante, Aruj no permaneció mucho tiempo operando en esas aguas, pues sus reducidas fuerzas no podían hacer competencia a las flotas del sultán que, aunque aún estaban lejos de alcanzar su máximo apogeo, estaban muy por encima de las posibilidades del pirata.

Fue entonces cuando a los oídos de Aruj llegaron las historias de los piratas berberiscos de occidente y de los barcos cargados con los tesoros del nuevo mundo que desfilaban frente a la costa africana, la oportunidad llamaba a la puerta de Aruj y él no dudó en contestar. En el 1504, con 30 años de edad Aruj desembarcó con sus dos galeotas en Túnez, donde rápidamente llegó a un acuerdo con el rey, de la dinastía de los Hafs, pero bastante alejado de la política de cordialidad y buenas relaciones que habían mantenido sus predecesores. A cambio de una quinta parte del botín saqueado el rey de Túnez brindaría protección a Aruj en su puerto, de este modo Aruj se convirtió en corsario de Túnez.

Pasadas unas semanas, en una de sus expediciones cerca de la costa italiana, Aruj divisó a dos enormes galeras, con las señas de su santidad, el papa Julio II. Las dos naves navegaban bastante separadas y Aruj se decidió a asaltarlas, una hazaña que para sus hombres parecía una temeridad y una condena segura. El corsario acechó al primero de los navíos hasta que estuvo lo bastante cerca y lanzó un ataque sorpresa. Pese a la considerable diferencia de tamaño y capacidad de fuego, la confusión de los marineros cristianos, que nunca antes habían visto a los corsarios turcos en esas aguas y que no esperaban más amenaza que algún bergantín berberisco, que podían despachar con

²⁸ FEIJOO, Ramiro. Op. Cit.

LANE-POLE, Stanley. Op. Cit.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel de. *Los Barbarroja: corsarios del Mediterráneo*. Alderabán, Madrid, 2004

facilidad, jugó en favor de Aruj y sus hombres, que consiguieron abordar la nave y tomarla rápidamente. Aruj acababa de llevar a cabo una proeza impresionante, pero aún no estaba satisfecho, quería tomar la segunda galera, así que él y sus hombres usurparon la nave recién capturada, fingiendo ser sus tripulantes. Cuando la segunda galera llegó, ajena a todo lo que acababa de suceder, un nuevo ataque sorpresa le dio a Aruj la victoria que tanto anhelaba.

Aruj entró en la Goleta ante la atónita mirada de todos los presentes, que nunca habían presenciado semejante triunfo. Desde ese momento la fama del *rēis*²⁹ Aruj no haría sino aumentar. Es durante este periodo también cuando se ganó su icónico apodo: Barbarroja, la razón tras esto es difusa, algunas fuentes sugieren que el término original era *Barba-Rossa*³⁰, y que sería así como los italianos empezarían a llamarlo, dado el color pelirrojo de su barba. La otra versión es que Barbarroja podría ser una corrupción europea del término turco *baba*, “padre”, que era como sus hombres llamaban a Aruj (“padre Aruj”) presuntamente por la cercanía y el afecto casi paternal que les mostraba.

Barbarroja siguió cosechando éxitos y pronto tendría a su servicio una pequeña flota de ocho navíos. El puerto de Túnez era ya demasiado pequeño para satisfacer al corsario, de modo que Barbarroja zarpó con sus barcos y se instaló en la cercana isla de Yerba (también conocida como Los Gelves), de la que se proclamó rey. Pero la ambición de Barbarroja no conocía límite y aspiraba a crear un imperio naval que se extendiera por toda la costa de África. Una vez más la oportunidad se presentó ante Aruj Barbarroja en el 1512. Durante la campaña española contra los piratas berberiscos en la costa de África el rey mahometano de la ciudad de Bugía había sido expulsado. Este rey acudió al corsario, cuya fama ya era de sobra conocida para rogarle su ayuda, a cambio, el puerto de Bugía estaría a entera disposición de Aruj. La flota de Aruj había seguido creciendo y contaba con una buena cantidad de hombres armados, a los que además contaba que se sumarían refuerzos de los musulmanes a los que los españoles habían expulsado. De modo que Aruj decidió emprender la campaña y declarar la guerra a Bugía con la intención de liberarla de la ocupación española.

Cuando Aruj y su flota llegaron a Bugía los españoles se habían guarnecido en el bastión que Don Pedro Navarro había levantado al tomar la ciudad. La batalla comenzó y Aruj cañoneó la fortaleza sin descanso con su artillería. Por desgracia para el corsario cuando apenas había transcurrido una semana de asedio, un disparo de arcabuz le hirió de gravedad, arrancándole buena parte del brazo izquierdo³¹. Sin la presencia de su líder, los corsarios se amedrentaron, de modo que levantaron el asedio y se apresuraron a llevar a Aruj a los cirujanos de Túnez, que consiguieron curar la herida de Barbarroja. Aruj tuvo que recuperarse en Túnez y en su ausencia encargó a su hermano menor, Jeireddín que transportara su flota desde la Goleta de vuelta a Yerba. Pero la mala suerte parecía perseguir a Aruj, pues antes de que su hermano pudiera sacar los barcos del puerto apareció ante él una gran flota genovesa, capitaneada por Andrea Doria, el mejor de los almirantes europeos y quien sería en un futuro no muy lejano el gran rival del Jeireddín. Resulta que durante su retirada a Túnez los corsarios de Barbarroja habían capturado una galeota genovesa, el senado genovés, enfurecido, envió a Doria a exigir una compensación. Las fuerzas de Doria eran muy superiores a las de Jeireddín, que tuvo que retirarse al interior de la ciudad, impotente, mientras Doria arrasaba y saqueaba la Goleta y se llevaba casi la totalidad de los barcos de Aruj.

²⁹ *Rēis* es el término turco que designa a un capitán o “ persona al mando”

³⁰ BUNES IBARRA, Miguel Ángel de. *Los Barbarroja: corsarios del Mediterráneo*. Alderabán, Madrid, 2004

³¹ LANE-POLE, Stanley. Op. Cit.

En otras fuentes se mantiene que es intentando tomar el peñón de Argel donde Aruj recibió esta herida

Tras este desastre los dos hermanos se retiraron a Yerba (Aruj se unió a Jeireddín una vez estuvo recuperado de sus heridas) para trabajar en la construcción de nuevos barcos. En el 1514 los hermanos intentaron un nuevo asalto a Bugía, pero fracasaron de nuevo. Esta vez Yerba ya no era un emplazamiento seguro de modo que Aruj y su hermano tuvieron que huir a una zona agreste y montañosa de la costa africana, Jijel. La población de Jijel no tenía rey y vivían en una economía autárquica, alejados del resto de la población africana, sin embargo, incluso hasta ellos habían llegado las historias de Aruj Barbarroja. Cuando el corsario llegó a Jijel, la ciudad lo recibió con los brazos abiertos, enorgullecíendose de poder dar cobijo a un guerrero de su talla. Aruj no tardó en consolidar su posición en Jijel, pero evidentemente el orgullo del corsario estaba herido y su ambición insatisfecha. Aquello cambiaría cuando en el año 1516, coincidiendo con la muerte del rey Fernando el católico, la ciudad de Argel, que desde la campaña de 1510 estaba bajo gobierno español, se sublevó³². El jeque argelino Salim al-Tumi envió un embajador a Jijel para pedir la ayuda del corsario. La idea de Salim era que su caballería asegurara la ciudad mientras que la flota de Barbarroja tomara el peñón de Argel. Aruj no se lo pensó dos veces y acudió a Argel con todas las fuerzas que había conseguido acumular en Jijel. De camino atacó Chirchell, otra ciudad de la costa africana que estaba dominada por el corsario turco Kara Hasan (o Hasan “el negro”). Aruj ejecutó a Hasan y se apropió de la ciudad con la idea de tener un sitio seguro al que volver si la campaña en Argel fracasaba y que le ofreciese más oportunidades que la aislada y rústica Jijel. Aunque tampoco podemos descartar la idea de que Aruj “se librase” de Hasan para eliminar la competencia de otro corsario en la costa.

Cuando finalmente llegó a Argel fue recibido por Salim con grandes honores. Pronto los barcos de Barbarroja estaban frente al peñón de Argel. Aruj ofreció a los españoles la rendición, que estos rechazaron, de modo que los cañones del corsario abrieron fuego contra el peñón. Aruj bombardeó la fortaleza durante casi un mes, pero sin grandes resultados. La guarnición española resistió la ofensiva, pero lo cierto es que el mérito era suyo solo en parte, pues los esfuerzos de Aruj estaban puestos en otra tarea. Y es que el corsario no había abandonado su sueño de dominar la costa, y cuando llegó a Argel tuvo claro cuál era su objetivo, no iba a ayudar a Salim a liberar su ciudad, la iba a tomar él. Los argelinos no tardaron en darse cuenta del error que habían cometido dejando al turco y sus corsarios entrar en la ciudad. El asesinato de Salim confirmó sus sospechas y pronto empezaría una conjura contra el corsario, la cual, no obstante, fue descubierta por Aruj, quien se cobró la vida de sus cabecillas. Aruj Barbarroja se convirtió así en el nuevo soberano de Argel³³. Enseguida el nuevo rey tuvo ocasión de mostrar su fuerza. Desde España, el cardenal Cisneros envió ese mismo año una expedición para apoyar a la guarnición del peñón, dirigida por Diego de la Vera. Aruj derrotó a los barcos españoles, que fueron engullidos por una tormenta cuando se retiraban.

³² HAEDO, Diego de. *Topografía e historia general de Argel*. Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid, 1927
LANE-POOLE, Stanley. Op. Cit.

Cabe hacer una crítica a la forma en la que Lane-Poole interpreta esta rebelión. A lo largo de toda su obra el autor hace constante énfasis en lo “piratas” que son los berberiscos y los otomanos, con esto quiero decir que en su análisis (que evidentemente es hijo de su época) parece reducir a estos a animales movidos por el instinto y la emoción de la vida pirata. Siguiendo esta línea, el autor atribuye a esta rebelión contra el dominio español el malestar de los argelinos al no poder llevar a cabo la piratería, sin ni siquiera plantearse la posibilidad de que existan otras causas subyacentes.

³³ HAEDO, Diego de. Op. Cit.

En apenas un año Aruj tomó las ciudades cercanas de Ténès y Tremecén y extendió su dominio por toda la costa, a excepción de Bugía, Orán y el peñón de Argel, que seguían en manos españolas. Fue precisamente el marqués de Comares, gobernador de Orán, quien pidió ayuda al recién coronado Carlos I de España³⁴ para eliminar la amenaza que suponía Barbarroja. Carlos respondió la petición enviando una enorme expedición, al mando de la cual se puso el marqués. Salieron en persecución del corsario, que en aquel momento estaba apostado en Tremecén con unas fuerzas muy inferiores. Aruj intentó huir al amparo de la noche hacia Argel, pero fue alcanzado cuando sus hombres vadeaban un río. A pesar de que él ya se encontraba a salvo en la otra orilla, volvió a cruzar para auxiliar a sus compañeros. Murió esa noche en combate.

2.2. Jeireddín Barbarroja

La muerte de Aruj pudo haber supuesto el fin del dominio corsario en África, pero los españoles no mantuvieron su ofensiva, una vez eliminaron al corsario, se retiraron y dieron la oportunidad a Argel para recuperarse. Con la muerte de su hermano, ahora debía ser Jeireddín quien asumiera el mando en Argel. Jeireddín era el menor de los hermanos y desde siempre había sido la mano derecha de Aruj. Jeireddín aseguró su posición en Argel en el 1518, pero habiendo visto de lo que eran capaces las fuerzas europeas sabía que su mandato no duraría mucho si actuaba de manera independiente. De este modo Jeireddín tomó en 1519 la decisión de rendir pleitesía a Estambul. Años atrás Aruj había huido de la influencia de Selim I, ahora Jeireddín le ofrecía Argel y todos los territorios que dominaba. Selim, encantado con este regalo, nombró a Jeireddín gobernador oficial de la nueva provincia del Imperio Otomano y envió un contingente de 2000 jenízaros³⁵ para reforzar su posición. De este modo se produjo la unión que los europeos más temían, la unión entre los poderes turcos de oriente y occidente. Una expedición española fue enviada para eliminar a Jeireddín y tomar Argel, dirigida por Hugo de Moncada, pero fue derrotada y, de nuevo, los elementos parecieron conspirar contra los españoles, pues una tormenta hizo astillas lo poco que quedaba de sus barcos.

Pronto Jeireddín tomó todos los puertos de la Berberia media y hasta él acudieron decenas de corsarios que buscaban labrarse un nombre. Con estas fuerzas Jeireddín llevaría el corso turco-berberisco a su máximo apogeo. Durante las décadas siguientes la fuerza del corsario siguió creciendo, pronto no habría puerto en el Mediterráneo que no temiera a Barbarroja y sus hombres, tal era su poderío que en estos años se ganaron el sobrenombre de “azote de la cristiandad”. En el 1529 Jeireddín consiguió finalmente tomar el peñón de Argel, que hasta entonces había permanecido en manos españolas. En el 1533 Jeireddín fue llamado por el sultán Solimán, que había ascendido al trono tras la muerte de su padre en el 1520, apenas un año después de que Jeireddín le ofreciese Argel³⁶. Solimán estaba impresionado con los éxitos del corsario y quería que este ayudara a los astilleros de Estambul a mejorar su flota.

Paradójicamente, la marina turca que había supuesto demasiada competencia para Aruj ahora buscaba la experiencia de Jeireddín para poder hacer frente a las flotas europeas. Los marineros eran inexpertos y Solimán deseaba que Jeireddín los instruyera. La razón de que la marina turca estuviera tan poco desarrollada era que durante años había estado compuesta por mercenarios asalariados en lugar de ser una flota profesional. Durante este tiempo Génova y especialmente Venecia eran los principales competidores de los turcos en las aguas orientales. Los turcos comenzarían a construir una flota propia a partir de 1453, utilizando el botín de

³⁴ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. Op. Cit.

³⁵ LANE-POOLE, Stanley. Op. Cit. Pág. 60

³⁶ BIGELOW MERRIMAN, Roger. Op. Cit.

Constantinopla. La lucha entre venecianos y turcos perduró hasta el 1477, cuando ambos bandos, exhaustos, firman una paz que duró hasta 1499, año en el que una flota turca consiguió entrar en Lepanto y tomar la ciudad en el 1500. La pérdida de Lepanto supuso el principio del fin del poder veneciano en las aguas orientales. Pese a esto, la flota del sultán aún era muy inexperta y sus victorias se debían, principalmente, a sus abrumadoras riquezas. Por ello, tras las victorias de Jeireddín, Solimán acudió a él, a sabiendas de que la Europa de Carlos V era un enemigo temible al que no sabía si podría derrotar sin la experiencia del corsario.

Y así Jeireddín partió hacia Estambul, después de dejar un gobernador de confianza en Argel. El trayecto transcurrió con normalidad, a pesar de que a Jeireddín le preocupaba encontrarse con la flota de Andrea Doria o con los corsarios hospitalarios, aunque nada de eso sucedió. Una vez llegó a Estambul Jeireddín pasó un invierno en los astilleros turcos. En primavera se hizo a la mar con 84 navíos³⁷. Con su nueva flota Jeireddín partió en una expedición para tomar y anexionar Túnez, que desde hacía varios años era gobernada por Hasan de los Beni-Hafs, vasallo de Carlos V, y en cuyo puerto se habían vuelto a admitir embarcaciones europeas. Jeireddín no tuvo problemas para tomar Túnez, pero Hasan apeló a Carlos V, pidiéndole ayuda para recuperar el trono. Carlos V supo reconocer el peligro que suponía tener a los turcos en Túnez, muy cerca de Sicilia, de modo que en 1535 el propio emperador zarpó desde Barcelona con una colosal flota de 600 navíos³⁸, posiblemente la más grande que hubiera surcado el Mediterráneo hasta la fecha, al mando de la cual estaba Andrea Doria. Los caballeros hospitalarios se unieron a las filas del emperador y fueron los primeros en atacar la Goleta. Los turcos resistieron los primeros ataques, pero las fuerzas cristianas les sobrepasaron y tuvieron que huir, dejando la Goleta en manos enemigas³⁹. La flota de Jeireddín nada pudo hacer contra las titánicas fuerzas del emperador, de modo que el corsario y sus hombres tuvieron que retirarse.

Tras la victoria Carlos V restituyó a Hasan como rey de Túnez y aumentó la presión tributaria sobre la ciudad, pero esta situación apenas duró unos años, pues Hasan se había ganado el odio de toda la comunidad musulmana al colaborar con el imperio cristiano. Finalmente, Hasan fue hecho prisionero por su propio hijo y la ciudad se declaró leal a los turcos y a Jeireddín Barbarroja. Por si fuera poco, Jeireddín no estaba dispuesto a dejar a los españoles indemnes, y mientras los soldados cristianos saqueaban Túnez (saqueo que se prolongó tres días) él y sus corsarios atacaron Menorca, asolando Mahón y llevándose a miles de cautivos⁴⁰. Con esta acción esperaba pedir el perdón de Solimán tras su derrota en Túnez. Solimán no solo le perdonó, sino que le hizo el *bajá*⁴¹ o almirante supremo de la flota turca. Desde su nueva posición el corsario se encontraba en mejor situación que nunca para volver a hacer frente a los barcos españoles y, especialmente, a Andrea Doria.

El nombre de Andrea Doria ya ha aparecido en alguna ocasión a lo largo de este trabajo. Doria fue un almirante de origen genovés y el mejor de los capitanes de las flotas cristianas. Doria pasó sus primeros años de almirantazgo al servicio de Francisco I, pero en 1528 ofreció sus servicios a Carlos V, cansado del trato que recibía por parte del monarca francés. Las fuentes hablan de que la pericia de Doria era la que decidía cuál de los imperios europeos mantenía el dominio en el mar. La carrera de Doria se labró a la par que la de Jeireddín, por eso no es de extrañar que entre ellos se fraguara una rivalidad envuelta en las historias y los mitos en torno a uno y otro. Doria y Barbarroja se encontraron por primera vez en 1512, aunque por aquel entonces el nombre de Jeireddín aún era

³⁷ LANE-POOLE, Stanley. Op. Cit. Pág. 84

³⁸ *Ibid.* Pág. 87

³⁹ Anexos. Ilustraciones, N.º 4

⁴⁰ SEGUÍ BELTRÁN, Andreu. Op. Cit.

⁴¹ *Bajá* es el título turco que equivale a almirante o general

eclipsado por el de su hermano. Tras este primer y corto encuentro ambos capitanes siguieron adquiriendo prestigio, con el nombre del otro bien presente cada vez que se hacían a la mar, pero durante años los dos capitanes parecieron evitarse el uno al otro, quizás a propósito, quizás por fortuna, lo cierto es que el esperado enfrentamiento entre los mejores capitanes de las flotas turcas y cristianas respectivamente no iba a producirse hasta 1538, en la batalla de Préveza, la cual se desarrolló en el contexto de la campaña turca para apoderarse por completo del mar Adriático.

Tras los sucesos de 1535 Jeireddín ganó aún más influencia en Estambul, especialmente tras la ejecución del gran visir (cargo que equivaldría a un primer ministro) Ibrahim⁴², quien había procurado mantener las relaciones con Venecia abiertas aún tras todos los conflictos que ambas naciones arrastraban. Barbarroja por el contrario quería someter a la novia del mar de una vez por todas y dominar el Adriático como ya dominaba el Egeo para poder así centrar sus esfuerzos en combatir a Carlos V en el Mediterráneo occidental. Francisco I, como parte del acuerdo que firmó con Solimán ese mismo año, apoyó la campaña agresiva de Barbarroja. A pesar de los desesperados esfuerzos diplomáticos de los venecianos por preservar la frágil paz con los turcos, el conflicto estalló irremediablemente cuando hasta Solimán llegó la noticia de ataques a naves turcas perpetradas por capitanes venecianos. Retomar las hostilidades con los turcos significaba para Venecia que ya no podía permanecer neutral frente a la lucha que se libraba dentro de Europa entre Francia y España, si quería tener alguna oportunidad de sobrevivir a los turcos necesitaba aliarse con una de las dos, lo que significaba perder el favor de la otra. Así Venecia finalmente se alió con Carlos V y el papado para hacer frente al nuevo ataque de los otomanos, aunque ello significara poner en entredicho la independencia de su república.

Entre tanto, Jeireddín, siguiendo su plan, partió con su flota y durante un mes saqueó la costa sur oriental de Italia. Carlos V ordenó la captura de Barbarroja, orden que recayó en Doria, pero que este momento estaba apostado en Mesina sin suficientes fuerzas como para salir a la búsqueda del corsario. Cuando la nueva guerra con Venecia se hizo oficial, Jeireddín se apartó de su acción destructiva en Italia y navegó hasta Corfú, isla que siempre había sido fruto de discordia entre turcos y venecianos. Llegó a la isla el 25 de agosto de 1537⁴³ y a sus hombres se les unieron los de el gran visir Ayas (que había sido nombrado en el cargo en 1536 tras la muerte de Ibrahim) pocos días después. Los turcos tomaron posiciones frente al “Angelokastro”, el castillo que coronaba la isla, no sin antes arrasar Corfú, destruyendo a su paso todos los pueblos que encontraban. El asedio al castillo comenzó y la artillería turca descargó las primeras salvas contra los muros, no obstante, las condiciones del clima jugaron a favor de los asediados. El castillo fue asaltado hasta en cuatro ocasiones, pero en todas ellas los turcos fueron rechazados y, finalmente, una orden del propio sultán obligó la retirada, a pesar de las protestas de Jeireddín.

Pese al fracaso en Corfú, Barbarroja no renunció en su empeño por someter a Venecia y continuó atacando el archipiélago griego, pues muchas de las islas eran tributarias de la nobleza veneciana o incluso pertenecían a alguna de sus familias más poderosas e influyentes. Syra, Skyros, Egina, Paros, Naxos o Tenos, entre otras posiciones venecianas, fueron aplastadas por el corsario, que volvió a Estambul cargado de riquezas.

En el año 1538, mientras Solimán organizaba varias campañas navales en el Índico, Suez y Moldavia⁴⁴, Jeireddín se preparaba para volver a acometer contra Venecia. El corsario se hizo a la

⁴² BIGELOW MERRIMAN, Roger. Op. Cit.

⁴³ LANE-POOLE, Stanley. Op. cit Pág. 94

⁴⁴ BIGELOW MERRIMAN, Roger. Op. Cit.

mar en el verano de ese año con una flota de 150 naves⁴⁵. Tras realizar una ruta de cobro de tributos por las islas que acababan de incorporarse al vasallaje turco, salió en busca de la flota aliada de Carlos V, el papa y Venecia, de la cual había sido informado que estaba cruzando el Adriático. Con el iban sus mejores almirantes, entre ellos Dragut, Sinan o Salih. La vanguardia de la flota avistó una parte de las fuerzas enemigas a la altura de Préveza, una fortaleza situada a uno de los lados de la angosta entrada al golfo de Arta y que en aquel entonces estaba bajo el dominio turco.

La flota aliada cristiana estaba formada por unos 200 barcos⁴⁶ y Andrea Doria era el comandante en jefe. Cuando sus hombres informaron a Jeireddín estos le dieron un parte erróneo de las fuerzas enemigas, asegurando que los cristianos eran mucho menos de los que realmente eran, un error que, paradójicamente, terminaría jugando en favor de los turcos. Confiado, Jeireddín mantuvo el rumbo hacia Préveza. Para cuando los turcos llegaron la flota cristiana se había desplazado hacia Corfú, donde iban a reunirse los generales al mando, de modo que Jeireddín pudo entrar en el golfo de Arta sin oposición.

El 25 de septiembre de 1538⁴⁷ las naves cristianas aparecieron en el horizonte, Barbarroja se percató rápidamente de que sus fuerzas eran muy superiores a lo que creía, pero gracias a aquel parte erróneo su flota había ocupado el golfo, lo que fue crucial para el desenlace de la batalla. En mar abierto la flota de Jeireddín no tenía ninguna oportunidad, pero resguardados en el golfo y con el apoyo del fuerte, la posición de Jeireddín era inexpugnable. El golfo de Arta es de gran tamaño, pero su único acceso es un pequeño estrecho, de apenas 700 metros de amplitud, coronado por los peñones de Arta y Préveza. Doria y sus hombres no podían hacer nada, sus galeras mejor armadas eran demasiado grandes como para navegar en las aguas poco profundas del golfo e intentar desembarcar a sus hombres y su artillería en la orilla para atacar la posición de los turcos desde ahí suponía exponerse al fuego del peñón y dejar desprotegidos sus barcos, además, Jeireddín no tardó en levantar una batería de cañones que hizo esa opción aún menos viable.

La situación estaba en un punto muerto: Jeireddín no podía salir del golfo y Doria no podía entrar. La situación se alargó sin que ninguno de los dos tomara una decisión al respecto, aunque era Doria quien más sentía el peso de la presión, pues mientras que la flota enemiga estaba resguardada en el golfo, la suya estaba en mar abierto, expuesta a cualquier inclemencia meteorológica o incluso a que llegaran refuerzos turcos. En este sentido la historiografía ha achacado en más de una ocasión a la indecisión y lentitud de Doria que la batalla se inclinara en favor de los turcos⁴⁸. Finalmente, viendo que no había forma de abordar la situación, Doria ordenó la retirada y, el día 27 de setiembre, los turcos amanecieron viendo atónitos como los barcos enemigos se replegaban. Los hombres de Jeireddín se crecieron ante la aparente cobardía de los cristianos y, pese al escepticismo de Barbarroja, quien pensaba que aquello se trataba de una treta para sacarlos a mar abierto, los barcos turcos salieron del golfo en persecución de sus rivales. Los alcanzaron al día siguiente, las naves cristianas habían navegado con el viento en contra, estaban desperdigadas y en completo desorden. Las velas de los barcos más grandes no podían seguir el ritmo de los remeros. La gran galera del almirante Condulmiero, el orgullo de la flota cristiana, estaba totalmente varada e inmóvil.

Jeireddín no perdió el tiempo, rápidamente envió a una escuadra de galeotas para hacerse cargo del gigante veneciano que, no obstante, no iba a rendirse sin luchar. La aterradora potencia de

⁴⁵ LANE-POOLE, Stanley. Op. cit. pág. 96

⁴⁶ *Ibid.* pág. 97

⁴⁷ *Ídem*

⁴⁸ CASILLAS PÉREZ, Álvaro. «Una certa debileza». *Andrea Doria y las campañas de la Préveza y Castelnuovo ante las embajadas de Génova y Venecia (1538-1539)*. Fundación española de historia moderna, Madrid, 2018

fuego de la nave redujo a astillas al primero de los barcos turcos que se le acercó e hizo estragos con las siguientes salvas. Pero las ágiles naves turcas maniobraban demasiado rápido, hostigando con sus piezas ligeras a la colosal embarcación sin darle un segundo de respiro. Mientras tanto, el resto de la flota turca atacó el flanco de los cristianos, intentando cerrarse sobre ellos y atraparles en el fuego cruzado. De nuevo, Doria vaciló, permaneciendo impotente en su barco mientras los turcos atacaban. En una maniobra desesperada ordeno seguir navegando hacia la costa para huir de la trampa turca. Cuando un golpe de suerte cambió el viento a su favor, ya era demasiado tarde. En medio del caos, Doria fue incapaz de organizar a sus hombres y, finalmente, tuvo que retirarse. La galera de Condulmiero siguió combatiendo durante horas, pero tras su estoica resistencia, acabó yéndose a pique. La victoria de los turcos fue uno de los golpes más duros que recibiría la Europa cristiana, y consolidó a Solimán y su imperio como los amos del Mediterráneo durante las siguientes décadas.

2.3. Otros corsarios de renombre

Aunque los hermanos Barbarroja fueron los más célebres corsarios de su tiempo no serían, ni mucho menos, los únicos. En torno a la órbita de los hermanos, especialmente de Jeireddín, se forjaron un nombre algunos de los mejores marineros turcos, que, si bien muchas veces acompañaban a su líder durante sus expediciones y sus pillajes, muchas otras actuaban por su cuenta. Estos corsarios serían los que perpetuarían el legado y la leyenda de Jeireddín tras su muerte. En concreto, vamos a hablar de dos de ellos: *Cachidiablo* y Dragut.

Hardín “*Cachidiablo*” o Drub “el diablo” fueron algunos de los apodos que los navegantes europeos dieron a este corsario de quien nos dicen las fuentes que era un exiliado español. De entre sus correrías destaca, por encima de todas, la batalla de Formentera, de 1529⁴⁹. Jeireddín envió a *Cachidiablo* y otro de sus almirantes, el *rēis* Salih, a las Baleares. Durante el saqueo los corsarios oyeron de un grupo de moriscos ansiosos por escapar de los españoles y que estaban dispuestos a pagar de buen grado el pasaje hasta Berberia. La flota de *Cachidiablo* acudió a liberarlos al amparo de la noche, pero cuando ya habían embarcado a los moriscos, a la altura de Formentera, divisaron una flota española que navegaba hacia ellos. El general Rodrigo de Portuondo regresaba en ese momento de Génova, donde había llevado a Carlos I para que fuese coronado emperador, a su vuelta fue informado del ataque corsario en las Baleares y de la fuga de los moriscos amotinados y se apresuró a poner rumbo al archipiélago para solucionar el problema.

Cachidiablo se apresuró a desembarcar a los moriscos rescatados para estar en mejores condiciones de batalla, pero la flota de Portuondo era un adversario al que no sabía si podría hacer frente. Las naves de Portuondo se acercaron, pero cuando estuvieron a distancia de fuego, el español no disparó ni una sola andanada. Portuondo asumía que los moriscos fugados aún estaban a bordo y quería asegurarse de capturarlos vivos, pues su recompensa sería mayor. A los ojos de los berberiscos esto fue un acto de cobardía y, envalentonados, se lanzaron al ataque contra el desprevenido general, que no esperaba una reacción tan rápida de sus rivales. Tras el combate, y contra todo pronóstico, los corsarios capturaron siete de las ocho galeras españolas⁵⁰ e hicieron huir a la octava rumbo a Ibiza. Portuondo murió en el combate y su hijo fue capturado. Con este triunfo y otros similares los corsarios se aseguraron la prosperidad del estado de Berberia. *Cachidiablo* era un

⁴⁹LANE-POOLE, Stanley. Op. cit.

SEGUÍ BELTRÁN, Andreu. Op. Cit.

⁵⁰LANE-POOLE, Stanley. Op. Cit. Pág. 63

corsario de gran pericia y uno de los mejores hombres de Barbarroja, sin embargo, no alcanzaría la fama que si obtuvo Dragut.

Turgut Reïs, apodado Dragut o Drogotto por los europeos, fue uno más grandes almirantes de Jeireddín y uno de los pocos corsarios de origen turco que destacaron además de los hermanos Barbarroja (ya que muchos de los corsarios eran de procedencia africana o incluso renegados europeos). Dragut ganó fama en el Mediterráneo como el más leal de los capitanes de Jeireddín. Esta lealtad incondicional se reafirmó cuando Jeireddín pagó el rescate que libero a Dragut de las galeras cristianas, después de que este hubiera sido capturado en el 1540 por Giannettino Doria, pariente de Andrea Doria. Este episodio lo describe una crónica del año 1560 escrita por López de Gomara y que recupera en su artículo Eloy Martín Corrales:

“Dragut era de Xarabalac, una aldea en la [A]natolia. Anduvo paje de un capitán corsario, del cual lo hubo Haradin Barbarroja. A cabo de mucho tiempo fue capitán de una galeota, siendo ya Barbarroja Baja, y vino a ser capitán de los corsarios cuando lo prendió en Giralat Juanetín de Oria. Estuvo preso más de tres años en las galeras de Andrea de Oria. Rescatólo Barbarroja por 3.000 ducados, cuando estuvo en Tolón, con juramento que hizo de no hacer maleficio en toda la ribera de Génova...”⁵¹

Pero es a la muerte de su capitán cuando Dragut lleva a cabo sus acciones más conocidas. En el 1549 se asienta con su flota en la isla de Yerba, tal y como había hecho Aruj Barbarroja casi cincuenta años atrás. Desde ahí Dragut se proclamó rey de la isla y de la ciudad africana de Mahdia, que arrebató a los españoles. Con estas posiciones bajo su dominio Dragut empezaría a hostigar las costas europeas a título personal, pues Dragut solo había jurado lealtad a Jeireddín, no al sultán. De todos modos, estos ataques no fueron del agrado de Carlos V, pues en el 1547 había firmado una paz con la Sublime Puerta. Con esta paz, el emperador quería centrar sus esfuerzos en los conflictos internos que vivía su imperio, debido al auge del protestantismo y que trataría de solventar con la convocatoria del concilio de Trento⁵². Tal fue la presión a la que sometió Dragut al imperio durante ese año que en el 1550 Carlos V envió a Andrea Doria a recuperar Mahdia. El ataque puso fin de manera definitiva a la paz y Dragut, que tras un intento fallido de emboscar a los sitiadores había regresado a Yerba, decidió emular el ejemplo de Jeireddín y ponerse bajo las órdenes directas de Solimán, quien reconoció en Dragut el mismo aplomo que tenía Barbarroja y le nombró nuevo almirante de sus corsarios junto con el *bajá* Sinan “el judío”.

Desde su nuevo rango Dragut y Sinan lanzaron en el 1551 un ataque sorpresa contra la isla de Malta, sede desde hacía veinte años de los corsarios hospitalarios, de los que hablaremos en el capítulo siguiente. El asedio fracasó, supuestamente por los errores que cometió Sinan, pero en su retirada los corsarios atacaron y conquistaron Trípoli, que también era propiedad de la orden. Durante más de nueve años Dragut se mantuvo a la vanguardia de la flota corsaria y asestó duros golpes por todo el Mediterráneo. En 1560 derrotó junto con Pialí *bajá* a los españoles en la desastrosa expedición a Yerba⁵³. La última batalla de Dragut la libró en el segundo sitio a la isla de Malta, en 1565, durante el cual las esquirlas de piedra que levantaron un disparo de artillería pesada lo hirieron de muerte.

⁵¹ MARTÍN CORRALES, Eloy. “Dragut, un corsario enemigo, admirado y temido”, *Studia historica: historia moderna*. Ediciones Universidad de Salamanca. Nº36 (2014), pág. 61

⁵² FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. Op. Cit.
GARCÍA HERNÁN, David. Op. Cit.

⁵³ I.A.A. THOMPSON, I.A.A. Las galeras en la política militar española en el Mediterráneo durante el siglo XVI”, *Manuscripts: Revista d'història moderna*. Europe Manuscripts. N. 24 (2015), pág. 98

3. Hacia Malta y Lepanto ¿El fin de la hegemonía turca?

Tras la victoria turca en Préveza el poder otomano mantuvo la ventaja respecto a Europa durante más de dos décadas, pero eso no significaba que las luchas entre ambos bandos hubieran cesado, ni mucho menos. En el 1541 Carlos V lanzó una expedición contra Argel, que desde la partida de Jeireddín a Estambul en el año 1533 había quedado bajo las órdenes de Hassan Aga⁵⁴. Las fuerzas con las que el emperador contaba para esta ofensiva eran las siguientes:

“18.000 infantes (7.000 españoles de los tercios de Nápoles, Sicilia y Umbría; 6.000 alemanes y 5.000 italianos), 1.500 jinetes (500 jinetes de Nápoles, 500 de las guardias ordinarias de España y 500 de la gente de la casa y corte del Emperador), 1.500 gastadores, 150 artilleros y gente de artillería para servir tres baterías y otras piezas de campo e igual número de hombres conductores de 300 caballos para la misma; en total 21.300 soldados⁵⁵. Los víveres los suministrarían Sicilia, España, Nápoles, Cerdeña y Génova por valor de 35.000, 37.000, 35.000, 10.000 y 10.000 escudos, respectivamente”⁵⁶

Las “jornadas de Argel” se planificaron en Ratisbona, y aunque el emperador intentó mantener la expedición en secreto las noticias sobre el inminente ataque a Argel fueron enseguida conocidas por todo el Mediterráneo, suceso que el propio emperador atribuía al “poco secreto que Génova había tenido”⁵⁶. Tras ultimar los preparativos durante los meses de agosto y septiembre la expedición partió finalmente el 18 de octubre de 1541⁵⁷. A pesar de la impresionante maquinaria bélica desplegada por el emperador, la expedición resultó un rotundo fracaso. Antes incluso de poder desembarcar una fuerte tormenta causó estragos entre las filas europeas, cuando por fin los hombres de Carlos V y sus aliados pusieron pie en tierra el temporal se recrudeció todavía más, las tiendas eran arrancadas del suelo por las ráfagas de viento huracanado y a los soldados les llegaba el barro hasta las rodillas. Gran parte de las reservas de pólvora se mojaron y quedaron inservibles y, sin su artillería, los sitiadores nada podían hacer salvo esperar mientras el inclemente temporal les azotaba constantemente. Desde Argel, los sitiados salían en grupos aprovechando el caos que dominaba los emplazamientos enemigos para tenderles emboscadas. Las escaramuzas hacían aún más difícil el avance de los hombres del emperador, que trataron de ocupar posiciones favorables durante los días 24 y 25. Precisamente en la mañana del 25 de octubre una densa niebla permitió a los argelinos lanzar un nuevo ataque en el que al menos 300 cristianos murieron y otros 200 resultaron heridos⁵⁸. Tras este desastre y en vistas de que las condiciones meteorológicas no iban a mejorar el emperador decidió dar la orden de retirada. De esta fatídica empresa ha quedado para el recuerdo esa humillante anécdota que nos dice que, para poder embarcar a los hombres en las naves que aún podían navegar, las tropas imperiales tuvieron que tirar a sus caballos por la borda.

Con la sombra de la campaña de Argel aún presente en el recuerdo el emperador firmaría en el año 1547 una tregua con los turcos, como ya hemos visto al hablar de Dragut. Un año antes, en 1546 moriría Jeireddín Barbarroja por causas naturales en su palacio de Estambul. Por desgracia para el emperador, la muerte del que fuera el gran corsario y almirante turco no supuso el fin de sus desdichas, pues Jeireddín se había rodeado de hombres excepcionales que, a su muerte, se aseguraron de mantener vivo el curso turco-berberisco. Los turcos entraron en la segunda mitad del siglo con otro triunfo, la conquista de Trípoli. Su poderío prevaleció aun cuando Felipe II relevó a su

⁵⁴ FERNÁNDEZ LANZA, Fernando. “El Muladí Hassan Aga (Azan Aga) y su gobierno en Argel. La consolidación de un mito mediterráneo”, *Studia historica: historia moderna*. Ediciones Universidad de Salamanca. Nº36 (2014), págs. 77-99

⁵⁵ *Ibid.* Pág. 89

⁵⁶ *Ídem.*

⁵⁷ *Ibid.* Pág. 93

⁵⁸ *Ibid.* Pág. 94

padre como emperador en el 1556 (Carlos V moriría dos años después) tal y como un nuevo fracaso español se encargó de demostrar, esta vez en la isla de Yerba, en el 1560. En este año además falleció Andrea Doria, a los 93 años de edad. Todo parecía indicar que el imperio de Solimán continuaría siendo la mayor potencia naval del Mediterráneo durante los años que estaban por venir, pero en el 1565 y en el 1571, dos nuevos enfrentamientos parecieron cambiar el *statu quo* en las aguas mediterráneas y equilibrar la balanza que llevaba tanto tiempo a favor de los turcos. En estos encuentros fue determinante el papel de la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, mejor conocida como la Orden de Malta, los grandes corsarios cristianos del siglo XVI.

3.1. La Orden hospitalaria de San Juan de Jerusalén

El origen de esta orden se remonta hasta la Jerusalén del S. XI, cuando se funda en la ciudad un hostel (hospital) para dar cobijo a los peregrinos cristianos que hacían el duro y peligroso viaje hasta los lugares santos, en una época en la que la ciudad estaba bajo el dominio musulmán. Además del hospital se levantó también un monasterio de rito latino y una iglesia con el nombre de Santa María la latina, para distinguirla de las de rito ortodoxo que allí existían. Las historias de los miserables viajes que los peregrinos tenían que afrontar conmovieron a toda la cristiandad. Tras el éxito de la primera cruzada⁵⁹ su nuevo gobernador de Jerusalén, Godofredo de Bouillón, reconoció la loable labor del hospital y le hizo lucrosas donaciones. En aquel entonces el principal colaborador del hospital era Gerardo Tunc, apodado el “padre de los pobres”. Muchos de los caballeros de las huestes de Godofredo se consagraron al hospital y juraron defenderlo. Así nacería la orden, que sería aprobada por el papa Pascual I en el 1113. Gerardo Tunc asumió la labor de líder de la nueva orden, su sucesor, Raimundo Dupy fue el primero en tomar el título de gran maestre y añadió a los tres votos monásticos⁶⁰ de la orden el de tomar las armas para la defensa de la fe.

Conforme pasaron los siglos la orden cambió de sede varias veces, pues Jerusalén pasó de manos cristianas a musulmanas y viceversa en numerosas ocasiones (en el 1517 fue tomada por los otomanos), hasta que se asentó definitivamente en Rodas. Desde la isla la orden se convirtió en una potencia marítima a tener en cuenta, ejerciendo el pillaje contra las galeras mercantes que viajaban entre Egipto y Estambul. En 1480 el gran maestre D´Aubusson rechazó el primer intento de los turcos de tomar la isla, tras lo cual ambos bandos firmaron un pacto para poner fin a sus ataques, pero que ninguno de los dos respetaría. A partir del año 1500, con Génova y Venecia en declive la orden se convertiría en el último reducto de presencia cristiana en el Mediterráneo oriental capaz de hacer frente a la Sublime Puerta.

En el año 1520 Solimán “el magnífico” asciende al trono turco tras la muerte de su padre, Selim I. Casi de inmediato Solimán puso su vista en Rodas. Mientras sus corsarios llevaban el domino turco a las aguas occidentales le correspondía a él encargarse de la orden, que llevaban siendo un problema demasiado tiempo. En el 1521 sería nombrado nuevo gran maestre Felipe Villiers de L’isle-Adam, quien llegó al puerto de Rodas tras un arduo viaje desde la corte del rey francés Francisco I. A este nuevo gran maestre le llegó una carta de Solimán, que, frente a todo pronóstico, le ofrecía su amistad y la posibilidad de una alianza. Villiers respondió al sultán despreciando su amistad y echándole en cara los actos de piratería que respaldaba. Esto provocó la ira del sultán.

En este estado de suma tensión se produce la primera de las acciones que preludiaban el conflicto: los turcos capturan un bergantín de procedencia rodia, dejando claras sus intenciones.

⁵⁹ SÁEZ ABAD, Rubén. *La Primera Cruzada, 1096-1099*. HRM Ediciones, 2018

⁶⁰ SALVA, Jaime. Op. Cit.

Los tres votos monásticos son: obediencia, pobreza y castidad

Poco después arribaron a la isla de Lango⁶¹ 30 galeras turcas. Los corsarios desembarcaron y sembraron el caos en la isla, prendiendo fuego a casas y sembrados. Los caballeros acudieron tan pronto como se enteraron del ataque y aprovecharon la confusión que los propios turcos habían causado para caer sobre ellos con contundencia. Vistas las intenciones de los turcos la orden se preparó para un sitio que preveían largo. Talaron los árboles y demolieron las casas de la periferia de la ciudad, para privar de cualquier refugio o recurso al asaltante. Cientos de campesinos abandonaron sus hogares y buscaron cobijo dentro de las murallas, llevando consigo el ganado y todos los víveres que pudieron cargar. Cuando finalmente los turcos aparecieron en las costas de la isla, la orden estaba todo lo preparada que podía.

Los turcos enviaron una avanzadilla de 20 galeras, mientras el resto de su flota esperaba mar adentro. Su intención era forzar a los barcos de la orden a salir a su encuentro, para caer sobre ellos con todo el poder de su armada, dejando a su vez desprotegida la ciudad. Pero pese a las provocaciones de los turcos los hombres de la orden permanecieron impasibles en tierra. La vanguardia turca, viendo frustrada su estrategia de arrastrar a su enemigo al mar, donde habrían sido muy superiores, se alejaron un poco en busca de un sitio en el que desembarcar. Cuando lo hallaron, prepararon el lugar para la llegada de la flota principal y regresaron con ella. El 26 de junio de 1522 la flota turca se aproxima finalmente a Rodas, según Jaime Salva unas 450 naves desfilaron ante la aterrada mirada de los ciudadanos de Rodas⁶². La flota turca se dirigió hacia el puerto de Rodas a golpe de remo, pero la artillería asentada en las torres que guarnecían el puerto probó ser demasiado peligrosa para que los turcos pudieran desembarcar, de modo que viraron y se protegieron del fuego rodio en una ensenada, hasta que finalmente optaron por desembarcar en el lugar que la avanzadilla había preparado y llevar el asedio por tierra.

Las fuerzas otomanas avanzaron lentamente, ocupando posiciones mientras sufrían el hostigamiento de los rodios, que en ocasiones hacían salidas para ralentizar el trabajo de los turcos. En algunas de estas salidas las tropas turcas acudían al auxilio de sus trabajadores, produciéndose sangrientas escaramuzas. Poco a poco los turcos consiguieron emplazar varias piezas de artillería contra la ciudad, lo que hizo mucho más peligrosas las incursiones de los sitiados. Llegados a este punto la ciudad estaba aislada por tierra y mar, pues un remanente de la flota turca permanecía cerca del puerto para impedir que entrara o saliera cualquier barco y, de cualquier modo, Europa estaba demasiado ensimismada en sus querellas internas como para prestar ayuda. El sitio se prolongó más tiempo del previsto y Solimán en persona llegó a la isla para dirigir el ataque e inspirar nuevas energías en sus cansados hombres.

La artillería turca empezó a dejarse notar en las murallas de Rodas. Una pieza de artillería pesada consiguió hacer una brecha en el baluarte de la Inglaterra⁶³, que los turcos intentaron tomar en varios asaltos sin resultados. Más adelante fue tomado, tras la explosión de una mina que causó gran confusión, el baluarte de la España, pero los rodios consiguieron recuperarlo, no sin grandes pérdidas. A pesar de la ardua resistencia de los rodios y los caballeros, la artillería y los zapadores otomanos hacían cada vez más estragos en las murallas. Cuando los turcos ya habían abierto tres

⁶¹ *Ibid.* Pág. 38

Lango es la actual isla de Cos, en el archipiélago griego

⁶² *Ibid.* Pág. 39

⁶³ GONZALEZ CASTRILLO, Ricardo. "Sobre la conquista otomana de Rodas", *Anaquel de estudios árabes*. Universidad rey Juan Carlos. Nº18 (2007), págs. 117-135

Los baluartes de Rodas recibían los nombres de las diferentes lenguas que formaban la orden, estos eran: el baluarte de la Inglaterra, de la España, de la Francia, de la Italia, de Portugal, de la Alemania, de la Provenza y de la Auvernia

entradas diferentes llegó a Rodas un mensaje del sultán, ofreciendo la capitulación honrosa a los caballeros. Solimán sabía lo mucho que iba a costar reducir la ciudad por la fuerza, así que optó por apelar al cansancio y la desesperación de los ciudadanos, dándoles la opción de una rendición pacífica, al mismo tiempo que permitiría a los caballeros de la orden salir de la isla de manera honrosa y conservando sus armas. Tras una deliberación la ciudad aceptó las condiciones turcas y Rodas capituló tras seis meses de asedio.

La derrota de la orden en Rodas dio a los turcos el dominio indiscutido del Mediterráneo oriental, pero ese no sería el fin de los hospitalarios. Gracias a las generosas condiciones de Solimán la orden prevaleció a pesar de sus pérdidas materiales y humanas. Villiers siguió al mando de la orden como gran maestro, y bajo su tutela, los caballeros deambulaban sin sede fija durante casi una década. En 1530, Carlos V cedió la isla de Malta y la ciudad de Trípoli como feudo a la orden, bajo la administración del reino de Sicilia. De este modo los caballeros pasarían a ser conocidos como la Orden de Malta y quedarían vinculados políticamente al emperador. Carlos V sabía que la orden tenía más experiencia que nadie combatiendo a los turcos y quiso asegurarse de que, llegado el momento de ir a la guerra, estarían a su lado. Además, la posición de los caballeros en Malta era excelente para vigilar el paso entre Sicilia y Túnez. Por supuesto los caballeros seguían jurando lealtad a la cristiandad, o lo que es lo mismo, al papa.

Una vez asentados en Malta la labor primordial de los caballeros para con el imperio era combatir a los corsarios de Jeireddín, como así lo demuestra el fragmento de una carta de 1536 que Noel Malcom recoge en su obra, la cual escribió el gran maestro a uno de sus caballeros:

*“Nuestra profesión es ante todo luchar contra los infieles y erradicar a los corsarios de las costas y mares cristianos”*⁶⁴

Sin embargo, los registros de sus expediciones muestran que muchos de sus destinos seguían en el Mediterráneo oriental: la ruta Egipto-Estambul, la ruta Magreb-Egipto o el archipiélago griego; en comparación con aquellas que marchaban a la costa berberisca⁶⁵. Lo que esto sugiere es que su principal motivación, más allá de su labor religiosa, era el botín. Y es que los caballeros de Malta eran, como ya lo habían sido en Rodas, corsarios a todos los efectos. Su valedor, quien les otorgaba la patente de corso⁶⁶, era el propio gran maestro de la orden, los caballeros, así como otros corsarios que actuaban bajo la protección de la orden respondían ante él. El botín capturado por las naves de la orden pertenecía íntegramente a la orden, mientras que de las presas tomadas por corsarios a fines percibía una parte. Este era un procedimiento muy similar al que seguían los corsarios berberiscos. Las relaciones internacionales determinaban los objetivos de unos y otros corsarios, por ejemplo, desde 1535 los berberiscos no atacarían a Francia, pues Francisco I se alió con Solimán viendo en él un aliado común contra el imperio de Carlos V. Al final tanto los caballeros de Malta como los corsarios a los que habían jurado derrotar actuaban de manera muy similar.

Muchas veces los caballeros aplicaban de manera laxa su código de conducta para justificar ataques a naves cristianas. Para empezar, no tenían ningún inconveniente en atacar a cristianos

⁶⁴ MALCOM, Noel. Op. Cit. Pág. 122

⁶⁵ *Ídem.*

⁶⁶ *Ibid.*

La principal diferencia entre un pirata y un corsario es que el pirata actúa a título privado, mientras que el corsario lo hace bajo la tutela y protección de una institución, un gobierno, etc. El cual, por lo general, percibía una parte del botín. Esta relación se hacía vigente en un documento otorgado por el valedor, denominado patente de corso.

ortodoxos u otros cristianos que fueran súbditos del sultán. Hay testimonios que recogen como algunos caballeros obligaban a las tripulaciones de los barcos a decir que su mercancía era judía o musulmana para así poder robarla con impunidad. Algunas potencias cristianas protestaron contra estos abusos, especialmente Venecia, cuya enemistad con la orden iba más allá si cabe. A pesar del pasado de conflictos entre Venecia y el Imperio Turco, tras la pérdida de Lepanto, Venecia había perdido su poderío naval. En esa situación, prefirió llegar a acuerdos con los otomanos, que aceptaron gustosamente. Ambas naciones mantenían relaciones comerciales relativamente estables, aunque Venecia era perfectamente consciente de su posición inferior respecto al gigante oriental. Precisamente por eso temía que el sultán la responsabilizara por la captura de barcos otomanos a manos de la orden en aguas venecianas. Tal era la aversión de Venecia a la orden que durante el asedio de Rodas el gobierno de la ciudad prohibió que ningún barco partiera para ayudar a los caballeros y hasta en dos ocasiones congeló las rentas que la orden percibía de su territorio. Pese a las protestas venecianas, la orden siguió actuando desde Malta y Trípoli con su fuerza reestablecida, ya fuera para castigar a los musulmanes o para lucrarse con sus tesoros.

3.1. El sitio de Malta

Solimán lamentaría cada día el indulto que dio a los caballeros en Rodas. Desde que la orden se instalara en Malta y Trípoli su rabiosa rivalidad con las flotas del sultán se hizo más fuerte que nunca. Las galeras de la orden, llamada comúnmente “la Religión” eran pocas en comparación con las flotas turcas, pero de enorme tamaño y armadas hasta los dientes. Incluso después de que Trípoli callera ante el ataque de Dragut, Malta permaneció inamovible, desafiando al poderoso imperio otomano y haciendo que ninguna nave turca pudiera navegar sin el temor de divisar en el horizonte los cascos rojos de sus naves.

Sin embargo, no todo eran buenas noticias para la orden. La extensión del protestantismo y la pugna religiosa que se vivía en Europa, donde los esfuerzos de Carlos V por unificar el territorio y poner fin a la disputa habían resultado en vano, conllevaron duras repercusiones económicas y logísticas para la Religión. Pese a ello, los caballeros de Malta ofrecieron una inestimable ayuda en todas las campañas que Carlos V y Felipe II emprendieron contra las posiciones musulmanas, de entre ellas destaca el éxito de la expedición de 1564 para recuperar el peñón de la Gomera, que había sido tomado por los berberiscos del Magreb en el 1522⁶⁷. Para Solimán esa fue la gota que colmó el vaso, el sultán ya tenía su vista puesta en Malta desde hacía años. La caída del peñón en manos cristianas y la captura de una nave de mercancías valorada en “60.000 ducados”⁶⁸ provocaron el pánico de la aristocracia turca e hicieron que Solimán se decidiera a lanzar un ataque contra la isla.

Las noticias de que los turcos se preparaban para una nueva empresa bélica de gran magnitud pronto llegaron a oídos de los europeos, el virrey de Sicilia, García Toledo se reunió con Jean Parisot de La Valette, gran maestre de la orden desde 1557 para preparar un plan de defensa. En Malta apenas había 500 caballeros de la orden y entre 5.000 y 8.000 hombres capaces de empuñar las armas (Jaime Salva habla de 4900 hombres⁶⁹ mientras que Mallia-Millanes mantiene que eran unos 8.000⁷⁰) Temiéndose lo peor el gran maestre escribió una carta al papa Pío IV pidiéndole que, en caso de ser atacado por los turcos, la cristiandad debía de acudir en auxilio de la orden. Los caballeros, los soldados y los malteses hicieron cuanto pudieron para prepararse, mientras que en España e Italia se daban órdenes a ritmo frenético. García Toledo puso en pie de guerra a todos los nobles y hombres de armas y movilizó guarniciones por todo el territorio. Europa

⁶⁷ SALVA, Jaime. Op.cit.

⁶⁸ *Ibid.* Pág. 215

⁶⁹ *Ibid.* Pág.216

⁷⁰ MALLIA-MILANES, Víctor. Op. cit. Pág.1

contenía el aliento, esperando el momento en que la armada turca apareciera a la vista de las atalayas maltesas.

Ese momento llegó el 18 de mayo de 1565, cuando dos cañonazos disparados desde la atalaya dieron la alarma a toda la isla: los turcos se aproximaban. La armada turca la formaban, según las cifras proporcionadas por Salva⁷¹, 169 navíos, a bordo de los cuales se contaban 45.000 hombres con provisiones para seis meses. En sus naves llevaban también 64 piezas de artillería convencional, 4 basiliscos y un cañón pedrero⁷². Luciano Serrano recoge otros números aún más intimidantes⁷³: 370 naves, de las cuales 130 eran galeras, 30 galeotas, 200 naves pequeñas y 10 “naves gruesas” tripuladas por 60.000 hombres. Al mando de las fuerzas otomanas estaba Pialí *bajá*, almirante al que los españoles conocían bien, pues era su flota la que había aniquilado a los hombres de Felipe II en Yerba durante la fracasada empresa de 1560. Junto a él estaba Mustafá *bajá*, que organizaría el ataque en tierra. Después de que los malteses consiguieran frustrar los primeros intentos de desembarco de los turcos, Pialí consiguió, al día siguiente, poner en tierra a 15.000 de los suyos. Las primeras escaramuzas se desataron casi de inmediato y los turcos consiguieron desembarcar parte de su artillería y situarla ante el castillo de San Telmo, uno de los fuertes que guarnecían Malta. La Valette pudo comprobar lo abrumadoramente superiores que eran los turcos en número y decidió enviar nuevas cartas a García Toledo y al papa pidiendo su auxilio tan pronto como fuera posible. Los turcos dedicaron los siguientes días a seguir descargando su artillería y emplazarla con la idea de batir San Telmo, un fuerte pobremente defendido y que apenas contaba con 100 caballeros y 500 soldados⁷⁴. A pesar del incesante fuego de la artillería del fuerte contra los trabajadores turcos y las emboscadas que organizaban los sitiados, las cuales muchas veces terminaban en sangrientas escaramuzas, los turcos terminaron sus trincheras y los primeros cañonazos impactaron contra San Telmo.

El 27 de mayo llegaron a Malta refuerzos turcos: el corsario Aluch-Alí, con 600 hombres a sus espaldas. Horas más tarde llegó el propio rey de Argel, Hassan Pasha, que había sucedido a Hassan Aga después de que este muriera por las fiebres en 1543⁷⁵ y que era hijo del mismísimo Jeiredín Barbarroja, con 2500 hombres embarcados en 27 naves, siete de ellas galeras de gran tamaño⁷⁶. Ese mismo día se lanzó un nuevo bombardeo contra San Telmo que se prolongó durante toda la noche. Para cuando Dragut hizo acto de presencia en la isla, el 2 de junio, la artillería turca había reducido San Telmo a poco más que escombros, pero los caballeros seguían defendiéndose, levantando parapetos con los restos de los muros. Dragut llegó con trece galeras y diecisiete galeotas y desembarcó a 3.000 hombres⁷⁷. Rápidamente su artillería se unió a los esfuerzos del resto de piezas turcas. Al día siguiente algunos de los jenízaros de Mustafá lanzaron el primer asalto contra el fuerte, pero fueron rechazados causando algunas bajas entre las filas cristianas. Los turcos intentaron nuevos asaltos hasta en cuatro ocasiones, pero en todas ellas, los exhaustos defensores conseguían rechazarlos. En mitad del caos provocado por los bombardeos y las refriegas un disparo de cañón hizo blanco en una trinchera turca donde Dragut estaba revisando el estado de las baterías, una esquirla de piedra hirió al corsario mortalmente en la cabeza. La muerte de Dragut encierra cierta controversia, ya que las fuentes no se ponen de acuerdo en si fue un disparo de la artillería del

⁷¹ SALVA, Jaime. Op.cit. Pág. 217

⁷² Un basilisco es un cañón de gran calibre. Un cañón pedrero es un cañón más pequeño que se cargaba con bolas de metralla. Visto en: MORALES SANCHEZ, Narciso. “ Los cañones de Carlos V”, *Gladius*. Instituto de historia (CSIC). N.º 8 (1969), págs. 63-69

⁷³ SERRANO, Luciano. Op. Cit.

⁷⁴ CAÑETE, Hugo A. Op. Cit. Pág. 188

⁷⁵ FERNÁNDEZ LANZA, Fernando. Op. Cit.

⁷⁶ SALVA, Jaime. Op.cit. Pág. 218

⁷⁷ *Ibid*. Pág. 220

fuerte lo que le costó la vida a Dragut o un desafortunado cañonazo de su propia artillería, que voló demasiado bajo⁷⁸.

Pese a las numerosas pérdidas el asedio de los turcos no cedió. Tras dos nuevos asaltos en los días 21 y 23 de junio⁷⁹ las defensas del fuerte terminaron cediendo y San Telmo cayó en manos turcas. Derrotado San Telmo los turcos tenían ahora una posición segura para lanzar el ataque contra las otras fortificaciones cristianas: El fuerte de San Miguel, el Burgo y el castillo de Santo Ángel. Los sitiados comenzaron nuevas acciones para preparar su defensa y recibieron, por fin, ayuda del exterior: una guarnición enviada desde Sicilia por García Toledo bajo las órdenes de Don Juan de Cardona. Mustafá, al enterarse de la llegada del socorro, montó en cólera y acusó a Pialí de no haber vigilado bien la costa.

Los turcos montaron nuevas baterías de cañones y comenzaron a abrir fuego contra las fortalezas cristianas. Tras tres semanas de preparativos se lleva a cabo el primer asalto de los turcos contra el fuerte de San Miguel, el cual consiguieron rechazar no sin pérdidas. Un ataque paralelo se daba en el mar sobre el puerto del Burgo, donde la artillería del castillo de Santo Ángel mandó a pique a diez barcas que transportaban a los refuerzos turcos, hecho crucial para la victoria de los malteses. Tras este primer ataque ambos bandos siguieron reforzando sus posiciones, los turcos construían trincheras y emplazaban más piezas de artillería, mientras que los malteses reparaban los daños y levantaban infraestructuras. Los sitiados esperaban ansiosos la llegada de más refuerzos, pero sin la autorización de Felipe II, García Toledo tenía las manos atadas. Las acometidas turcas seguían sucediéndose, en uno de los asaltos, que duró más de nueve horas, los turcos consiguieron sobrepasar las murallas del Burgo y el propio La Valette se unió al combate al mando de un cuerpo de arcabuceros. Cuando la derrota parecía inminente los atacantes, para sorpresa de sus adversarios, emprendieron la retirada, la razón fue que un destacamento de caballería de la ciudad maltesa de Mdina, dirigido por Vincenzo Anastagi arremetió contra la retaguardia otomana, provocando el caos. Pasado el mes de agosto los continuos fracasos habían hecho estragos en la moral de las filas turcas y las acaloradas discusiones entre sus dos generales no ayudaban a mejorar la situación. Agotados y viendo inútiles sus intentos de tomar San Miguel Mustafá trató de lanzar un ataque contra Mdina, para tener un lugar en el que pasar el invierno si fuera necesario, pero la ciudad estaba bien abastecida y unos cañonazos de advertencia desanimaron por completo a los atacantes, que tenían muy vivo el recuerdo de San Telmo, donde, supuestamente, iban a tener una “victoria fácil”. Mustafá, viendo las condiciones de sus hombres, tuvo que ordenar la retirada.

Por fin, las noticias de que García Toledo se había hecho a la mar llegaron como agua de mayo a oídos de los desesperados malteses, que ya creían que no iban a recibir más apoyo. Sabedor de esto, Pialí se apresuró a embarcar a sus hombres, dispuesto a combatir en el mar a los refuerzos cristianos, en tierra, Mustafá intentaba sin éxito levantar la moral de sus soldados. Cuando los turcos supieron con más precisión el número de naves y hombres que venían en auxilio de los malteses se decidió empezar con los trabajos de retirada. El 7 de septiembre de 1565⁸⁰ la batería turca apostada los restos ruinosos de San Telmo hizo el último disparo, por su parte García Toledo desembarcó en Malta con 60 galeras⁸¹ y organizó a sus hombres para que persiguieran a los rezagados turcos y auxiliaran a los sitiados. Pronto la última vela turca se perdió de vista en el horizonte y Malta

⁷⁸ CAÑETE, Hugo A. Op.Cit.

LANE-POOLE, Stanley. Op. Cit.

SALVA, Jaime. Op.cit

Poole y Salva defienden que Dragut murió a causa de la artillería del fuerte, mientras que Cañete es de la opinión de que el disparo provenía de las baterías turcas.

⁷⁹ SALVA, Jaime. Op.cit. Págs. 225-226

⁸⁰ *Ibid.* Pág. 236

⁸¹ *Ibid.* Pág. 255

celebraba exaltada su victoria. El acontecimiento fue de tal magnitud que aún hoy en día los malteses guardan el recuerdo de la defensa contra los turcos, pues la actual capital de Malta, La Valeta, recibió su nombre en honor a Jean Parisot de La Valette, cuyo liderazgo fue fundamental para resistir el sitio.

3.2. Desde Malta hasta Lepanto

La victoria en Malta permitió a la Europa de Felipe II respirar tranquila durante al menos un par de años, sabiendo que los turcos necesitarían tiempo para recuperarse antes de volver a lanzar un ataque de gran magnitud como había sido este. El imperio otomano sufrió además otra gran pérdida cuando, al año siguiente, Solimán el magnífico, el sultán cuyo genio había estado detrás de la expansión mediterránea de la Sublime Puerta, murió durante una campaña militar en Hungría, durante el cerco de la ciudad de Szigel⁸², sucediéndole su hijo Selim como Selim II. Parecía que Europa tenía la oportunidad de contraatacar y recuperar la hegemonía que durante tantos años habían sostenido los turcos, así lo vio el papa Pío IV y su sucesor, Pío V, quienes trataron de usar su influencia para conformar una nueva liga cristiana y atacar al Imperio Turco antes de que tuviera la ocasión de recuperarse, pero los pontífices no tuvieron éxito en su empresa y la razón fue que Europa atravesaba en estos años sus propios problemas. El conflicto entre católicos y protestantes era más incendiario que nunca, los Países Bajos estaban en rebelión contra la monarquía Habsburgo con el discreto apoyo de Francia que, aunque habían acordado una paz en el año 1559, en el tratado de Cateau-Cambrésis, no había renunciado a su lucha por la hegemonía europea y que, por otra parte, seguía considerando al Imperio Turco un potencial aliado contra su enemigo más acérrimo, que era España. Venecia por otro lado temía a los turcos y su supuesto aliado español por igual y luchaba por mantener la independencia de su república, razón por la cual emprendería nuevas negociaciones con el sultán, buscando revitalizar su economía mercantil y salvaguardar las posesiones que aún tenía en el Mediterráneo oriental, particularmente la isla de Chipre.

Así las advertencias del papado fueron ignoradas hasta que en 1568 se desató en España la rebelión de las Alpujarras, en la que decenas de miles de moriscos se sublevaron en Granada primero y por todo el territorio peninsular después. Lo que en un principio fue percibido como una protesta o muestra de descontento frente a las condiciones y el trato que el gobierno de Felipe II daba a este colectivo pronto se convirtió en una rebelión abierta que buscaba restituir el antiguo reino de Granada con el apoyo de los contingentes mahometanos del norte de África y del sultán otomano. En su obra *Felipe de España* Henry Kamen señala que posiblemente esta sea el conflicto más sangriento que vivió Europa durante esta centuria⁸³. Esta rebelión no sería sofocada hasta 1571 e hizo que Felipe II accediera a las peticiones del papado para negociar los términos en los que se configuraría una nueva liga santa. Venecia también aceptó a regañadientes, pues las condiciones que el sultán había impuesto a cambio de respetar Chipre eran demasiado difíciles de cumplir y, finalmente, el embajador turco había exigido la entrega de Chipre en unos términos humillantes para la República Veneciana. Esto supuso una nueva ruptura entre Venecia y el Imperio Turco Otomano, que se lanzó a la conquista de Chipre. La isla cayó en 1570, pues las tropas venecianas eran muy inferiores a las turcas y las fuerzas de Felipe II estaban centradas en apagar las rebeliones dentro de su propio territorio.

Comenzaron las negociaciones entre Venecia, los Estados Pontificios, España y otros estados implicados como Génova y el ducado de Saboya, se contó además con la intervención de la orden de Malta. Las exigencias económicas de España y la reticencia y la desconfianza de Venecia, entre otros factores que explica excepcionalmente Luciano Serrano⁸⁴, alargaron las negociaciones y preparativos once meses. Finalmente se llegó a un acuerdo que satisfizo a todas las naciones implicadas y la liga

⁸² BIGELOW MERRIMAN, Roger. Op. Cit.

⁸³ KAMEN, Henry. Op. Cit.

⁸⁴ SERRANO, Luciano. Op. Cit.

pudo reunir a una armada para hacer frente a la turca. La flota se dividía en una escuadra aliada, conformada por naves españolas y genovesas mayoritariamente; una veneciana y otra pontificia. Al mando de la primera estaba Don Juan de Austria, almirante consumado de la flota española y hermano por parte de padre del rey Felipe II, acompañado por Álvaro de Bazán, Alejandro Farnesio, Luis de Requesens y Juan Andrea Doria, hijo adoptivo de Andrea Doria. La escuadra veneciana la capitaneaba Sebastián Veniero y la pontificia Marco Antonio Colonna.

Tras los últimos días de preparativos las escuadras partieron desde sus diferentes puntos de salida para encontrarse en Mesina, desde ahí, salieron el día 15 de septiembre⁸⁵ en formación de combate rumbo a Corfú. El viaje de la flota cristiana no transcurrió sin complicaciones, pero finalmente toda la armada llegó hasta Corfú, desde donde volvieron a partir rumbo a Cefalonia, con intención de encontrarse ahí con las naves turcas. El 7 de octubre de 1571⁸⁶ la galera real de Don Juan de Austria⁸⁷ divisó a la flota turca apostada a la entrada del golfo corintio, o golfo de Lepanto, una enorme lengua de agua que separa la península del Peloponeso de la Grecia continental. Con ambas armadas ya habiendo localizado a su adversario y aproximándose la una a la otra, la batalla era ya ineludible. Una de las embarcaciones turcas disparó un cañonazo de provocación, a lo que la galera de Don Juan de Austria respondió con un disparo de su propia artillería, aceptando el desafío. La suerte estaba echada.

La flota cristiana estaba en una posición más favorable⁸⁸, pues los turcos no podían huir hacia el este sin acabar atrapados dentro del golfo, además el viento fue favorable a sus velas desde el principio, lo que fue percibido entre las filas cristianas como una señal de intervención divina. En el centro de la formación cristiana estaba la escuadra del propio Don Juan, formada por 63 galeras, a la galera de Don Juan la escoltaban la capitana del Pontífice en la que estaba Antonio Calonna y la capitana veneciana, comandada por Veniero. Acompañándolos además estaba la galera de Luis Requesens y una escuadra de socorro al cargo de Álvaro de Bazán, de 35 galeras. El ala derecha de la flota la dirigía Juan Andrea Doria, con 64 galeras a su cargo, mientras que el ala izquierda la dirigía Agustín Barbarigo, capitán veneciano y proveedor general de su flota, con otras 63 galeras. La flota turca la formaban 260 galeras y otras embarcaciones más pequeñas, siendo superior en número a la cristiana⁸⁹, Entre sus combatientes estaban la escuadra de Aluch-Alí, que se había convertido en el nuevo rey de Argel.

Durante los meses anteriores la armada turca había estado dispersa por las aguas orientales del Mediterráneo, principalmente buscando interceptar los posibles refuerzos que los cristianos pudieran enviar a Chipre. Cuando llegó la noticia de que un contingente cristiano se había reunido en Mesina la armada se reagrupó para comenzar sus preparativos. Las galeras se asentaron en el golfo de Lepanto para estar resguardadas de los elementos mientras se abastecían de tropas y provisiones en las costas aliadas, con la idea de partir después en busca de las naves cristianas. La aparición del enemigo en el horizonte sorprendió a los turcos y frustró sus planes, pues no esperaban que la armada enemiga los alcanzara tan rápido y en una posición desfavorable como era la suya. Sin embargo, sus mayores números y la confianza en ser superiores en el combate alentó a los generales turcos para lanzarse al ataque, solo Aluch-Alí recomendó precaución, pues advirtió de que si era Don Juan de Austria quien comandaba la flota enemiga, muy seguramente iría acompañado de sus mejores generales, a los que el corsario argelino ya había combatido en más de una ocasión y tenía como fieros adversarios.

A medio día ambas flotas se pusieron por fin a tiro de cañón, tronó un disparo en la armada turca que señalaba el inicio del combate. Los cristianos pusieron en marcha entonces una astuta

⁸⁵ *Ibid.* Pág. 104

⁸⁶ *Ibid.* Pág. 119

⁸⁷ Anexos. Ilustraciones, N.º 3

⁸⁸ Anexos. Mapas, N.º 2

⁸⁹ SERRANO, Luciano. Op. Cit. Págs. 126-131

maniobra que ya habían preparado: cortaron los espolones de sus naves. El motivo de esta maniobra era que, con el espolón, los cañones de proa quedaban inservibles, al cortarlo la artillería de proa podía ser utilizada sin complicaciones y los arcabuceros tenían un blanco más fácil. La batalla dio comienzo entre el estruendo de los trucos y el rugir de los cañones. La vanguardia turca fue rechazada por una avanzadilla de grandes galeazas venecianas, cuya artillería mandó a pique a dos de las galeras de Alí *bajá*, el general otomano que había sucedido en el cargo a Pialí *bajá*. Alí resolvió la situación haciendo que su flota pasara a toda vela entre los huecos que habían dejado las galeazas, cuya artillería pesaba demasiado como para permitirles virar y reincorporarse al combate, quedando como espectadoras durante el transcurso del mismo. No obstante, esta maniobra causó el desconcierto y el desorden entre las naves turcas, que se apresuraron a dejar atrás a la avanzadilla cristiana sin respetar el orden de su formación.

El plan de los turcos era envolver las naves cristianas rompiendo sus laterales y obligarla a avanzar hacia el golfo, donde quedaría bloqueada, pero los disparos de la artillería de las galeras turcas, de mayor altura, pasaban de largo y no conseguía impactar. Alí envió una escuadra contra el ala izquierda de los cristianos, que consiguió rodearles y atacar por su popa. Los turcos abordaron la galera de Barbarigo y tras varias horas de combate, el veneciano murió después de que lo hiriera una flecha, pese a lo cual, los cristianos consiguieron repeler el ataque e impedir de la escuadra turca saliera a alta mar, gracias en parte a las galeras que envió desde la retaguardia la escuadra de socorro. En el flanco derecho Doria se enfrentaba a la escuadra de Aluch-Alí, la más numerosa del contingente turco. Aluch-Alí consiguió, junto con parte de sus naves romper la formación de Doria y colarse por una brecha, cayendo sobre la popa de las naves del genovés entre las que se encontraba la galera capitana de las enviadas por la orden de Malta. Los turcos asaltaron la nave y pasaron a cuchillo a muchos de sus hombres, pero una de las naves españolas que acompañaba a la escuadra consiguió dar la vuelta y encarar su proa contra los turcos, disparando una salva que espantó a los barcos que rondaban la galera asaltada, creando una oportunidad para repeler el abordaje. Aluch-Alí tuvo que abandonar el asalto cuando salió en su persecución la galera del propio Álvaro de Bazán. El corsario volvió al foco del combate, donde la galera capitana de Doria peleaba sin descanso, pero el astuto corsario usaba el humo de la artillería para escabullirse con su embarcación, más rápida que la de Doria, evitando así el enfrentamiento directo y emboscando las naves cristianas que veía desprevenidas, enfrascadas en el combate.

En el centro de la batalla se daba el combate decisivo entre *La Real* y *La Sultana*, las dos galeras capitanas comandadas por Don Juan de Austria y Alí *bajá* respectivamente. Alí *bajá* hizo que su nave envistiera a *La Real*, hincando su espolón y provocando daños considerables, pero liberado el cañón de proa, la artillería de la nave cristiana destrozó la proa de su adversaria. Los arcabuceros españoles también causaron estragos, mientras que los disparos turcos pasaban demasiado altos por culpa de la diferencia de altura entre las dos embarcaciones. El almirante turco decidió intentar abatir a su rival en el cuerpo a cuerpo, visto que sus disparos no eran efectivos. Alrededor, las galeras de Luis de Requenens, Sebastián Veniero y Marco Antonio Colonna se enzarzaban también en combate. Alí se lanzó al ataque con todo lo que tenía, la lucha se prolongó varias horas. *La Real* era abordada desde todos los lados salvo su popa, del mismo modo que las galeras que la acompañaban, cada una enfrentándose a dos o tres turcas. En los instantes decisivos del combate, la tripulación de *La Real* consiguió sobreponerse a su enemigo y asaltar *La Sultana*, envalentonados por las victorias de sus compañeros. En una última refriega Alí *bajá* fue abatido de un disparo y sus hombres despachados por los cristianos. La cabeza del almirante turco se clavó en una pica y se exhibió ante los combatientes, al tiempo que el estandarte de *La Sultana* era reemplazado por una bandera cristiana. La victoria de la Santa Liga estaba cerca, tras unos últimos envites lo que quedaba de la resistencia turca se fue a pique. En el ala derecha, Aluch-Alí seguía presentando combate, imponiéndose con cada vez más ventaja a Doria, pero cuando vio al resto de naves enemigas aproximarse supo que intentar luchar era inútil y ordeno la retirada, siendo él y parte de su escuadra los únicos que consiguieron escapar de la destrucción de la flota turca.

4. Conclusiones

¿Fue la derrota en Lepanto el final de la amenaza otomana y el corso turco-berberisco? No. Tras la batalla las áreas de influencia de las potencias orientales y occidentales del Mediterráneo quedaron más definidas, España arrebató a los turcos el dominio del mar occidental y la piratería en esas aguas se hizo más complicada. Pero la Sublime Puerta siguió en pie, el Imperio Otomano no desaparecería hasta siglos después y en aquel momento seguía siendo una potencia temible. Respecto a los corsarios, siguieron emplazados en Argel y el resto de la costa africana y continuaron actuando hasta por lo menos el siglo XVIII. Pese a haber atravesado más de una centuria de conflicto (desde 1453 hasta 1571) las hostilidades estaban lejos de terminar, y la amenaza musulmana seguirá persiguiendo a Felipe II y a sus sucesores. ¿Significa eso entonces que estamos como al principio? Ni mucho menos. La historia de Europa, del mundo, había escrito un nuevo capítulo cuyas consecuencias eran más que palpables.

Las relaciones entre naciones europeas tuvieron que amoldarse a la necesidad de hacer frente al enemigo turco, lo que sería determinante para el futuro de la creación de los estados modernos. La práctica totalidad de la política exterior de Europa se vio volcada en esta empresa. Por otra parte, el desgaste causado por esta y sus otras campañas sería el principio del fin de la hegemonía de los Habsburgo y, por ende, de la española, que caería para que ocuparan su lugar los franceses, británicos y holandeses. Las comunidades musulmanas (y en general no cristianas) estarían, más que nunca, en el punto de mira, el trato que los gobiernos cristianos les darían tras Lepanto sería cada vez más duro, hasta desembocar en medidas dramáticas como la que tomaron Felipe III y el duque de Lerma en 1608. El islam quedó confinado en África y oriente, apuntalando la barrera cultural entre ambos mundos, aislando al uno del otro durante siglos. De este modo se abrió una brecha entre oriente y occidente que ha quedado palpable en el desarrollo económico y socio cultural, y que es ahora más grande que nunca.

En la cultura popular de toda la costa mediterránea quedaría grabada para siempre la huella que dejó la lucha por su dominio, tal es así que aún hoy nosotros hablamos de que “no hay moros en la costa”, los héroes y villanos de uno y otro bando serían recordados para la posteridad. El Mediterráneo había sido el escenario donde se había dado el duelo entre cristianismo e islam más mortífero hasta la fecha, no sería el último que verían sus aguas. Aunque por supuesto esto es solo lo que se ve en la superficie, pues detrás de la guerra de religión estaba la disputa económica y geo estratégica, la lucha entre dos imperios por dominar el mar que sostenía el comercio exterior de toda Europa. Es por ello que vemos como el corso florece en este periodo y los abordajes se convierten en una forma de vida, tanto para los fieles a Cristo como a la media luna, más como una necesidad, un motor económico, que como una “romántica” aventura, aunque desde luego si como un estilo de vida. La acción corsaria se convirtió en la forma legítima de ejercer el saqueo y el pillaje contra el enemigo escapando del juicio moral de la religión.

Dicho todo esto, entrando ya en las últimas líneas de este TFG, creo poder afirmar que he resuelto de forma satisfactoria los objetivos planteados al principio del mismo. Hemos conocido a los personajes protagonistas de los acontecimientos que marcarían este siglo, visto sus motivos, sus preocupaciones y las relaciones que existían entre ellos. A través de estos personajes nos hemos sumergido en los procesos y episodios bélicos que definirían la situación de Europa y el Imperio Otomano en el Mediterráneo a lo largo de un siglo.

Cuando comencé a estudiar el grado de historia me preguntaron qué porque lo hacía, a lo que mi respuesta fue: “quiero estudiar el pasado para comprender mejor el presente”. Tras la travesía que ha supuesto realizar este TFG estoy seguro de poder afirmar que comprendo, al menos

un poco mejor que antes, el trayecto de la historia de Europa y como el choque de poderes producido en el siglo XVI condicionó de manera inequívoca las futuras interacciones entre oriente y occidente y como se entramaron las relaciones de poder que sustentaron la política de Europa. El gran tapiz de la historia había sido bordado a sangre y fuego por soldados, piratas, caballeros, corsarios, reyes y almirantes y el devenir de los siglos estaría condicionado por ello.

Bibliografía

ANAYA HERNÁNDEZ, Luis Alberto. “El corso berberisco y sus consecuencias: cautivos y renegados canarios”, *Anuarios de estudios atlánticos*. Patronato de la Casa de Colón, Las Palmas de Gran Canaria. Nº 47 (2001), págs. 17-42.

ARROYO RODRIGUEZ-VALDÉS, Alberto. *Guerras y diplomacia en Italia durante el gobierno de Fernando el Católico*. Documentos de trabajo U.C.M, Biblioteca histórica. 2016

BARBERO, Alessandro. *Lepanto, la batalla de los tres imperios*. Ediciones Pasado y Presente, Barcelona, 2011

BIGELOW MERRIMAN, Roger. *Solimán el magnífico*. Espasa, Buenos Aires, 1946

BRAUDEL, Fernand, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. S.L. Fondo de cultura económica de España, México D.F. 1987 (orig. 1949)

BUNES IBARRA, Miguel Ángel de. “Bases y logística del corso berberisco”, *La expulsión de los moriscos y la actividad de los corsarios norteafricanos: XLI Jornadas de Historia Marítima, ciclo de conferencias-octubre 2010, cuadernos monográficos*. Ministerio de Defensa, Dirección General de Relaciones Institucionales, Madrid, Nº 61 (2011)

— “La defensa de la cristiandad: las armadas en el Mediterráneo en la Edad Moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna*. Anejos. Nº 5, págs. 77-99.

— *Los Barbarroja: corsarios del Mediterráneo*. Alderabán, Madrid, 2004

CAÑETE, Hugo A. *Los Tercios en el Mediterráneo. Los Sitios de Castelnuovo y Malta*. Ediciones Platea, 2015.

CASILLAS PÉREZ, Álvaro. «Una certa debileza». *Andrea Doria y las campañas de la Préveza y Castelnuovo ante las embajadas de Génova y Venecia (1538-1539)*. Fundación española de historia moderna, Madrid, 2018

CASSAR, Carmel. “Ottoman expansionist policy in the sixteenth century Mediterranean, *Besieged: Malta 1565*. Heritage Malta. Págs. 83-96

FEIJOO, Ramiro. *Corsarios berberiscos. El reino corsario que provocó la guerra más larga de la historia de España*. Carroggio, Barcelona, 2003

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. *Carlos V, el cesar y el hombre*. Espasa, Madrid, 1999

FERNÁNDEZ LANZA, Fernando. “El Muladí Hassan Aga (Azan Aga) y su gobierno en Argel. La consolidación de un mito mediterráneo”, *Studia historica: historia moderna*. Ediciones Universidad de Salamanca. Nº36 (2014), págs. 77-99

GARCÍA HERNÁN, David. *Carlos V: imperio y frustración*. Ediciones Paraninfo, Madrid, 2016

GONZALEZ CASTRILLO, Ricardo. “Sobre la conquista otomana de Rodas”, *Anaquel de estudios árabes*. Universidad rey Juan Carlos. Nº18 (2007), págs. 117-135

HAEDO, Diego de. *Topografía e historia general de Argel*. Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid, 1927

THOMPSON, I.A.A. *Guerra y decadencia gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Crítica, Barcelona, 1981

— “Las galeras en la política militar española en el Mediterráneo durante el siglo XVI”, *Manuscripts: Revista d'història moderna*. Europe Manuscripts. Nº24 (2015), págs. 95-124

JURADO RIBA, Víctor J. *La nobleza catalana en Lepanto. Una aproximación desde la galera capitana de Luis de Requesens*. Fundación española de historia moderna, Madrid, 2018

KAMEN, Henry. *Felipe de España*. Siglo XXI de España, Madrid, 1998

KONSTAM, Angus. *The Barbary Pirates*. Elite, 2016, Oxford

KUMRULAR, Özlem. “Lepanto: antes y después. La República, la Sublime Puerta y la monarquía católica”, *Studia historica: historia moderna*. Ediciones Universidad de Salamanca. Nº36 (2014), págs. 101-120

LANE-POOLE, Stanley. *Los corsarios berberiscos*. Editorial Renacimiento, 2011 (orig. 1890)

MALCOM, Noel. *Agentes del imperio. Caballeros, corsarios, jesuitas y espías en el Mediterráneo del siglo XVI*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2016

MALLIA-MILANES, Víctor. “The Siege of Malta, 1565, revisited”, *Storja 2015*. Malta University Historical Society. Págs. 1-18

MARTIN CORRALES, Eloy. “Dragut, un corsario enemigo, admirado y temido”, *Studia historica: historia moderna*. Ediciones Universidad de Salamanca. Nº36 (2014), págs. 59-75

MONDOLA, Roberto. “La Conquista Otomana de Otranto de 1480 en la historiografía italiana y española (siglos XV-XVI-XVIII)” *Studia historica: historia moderna*. Ediciones Universidad de Salamanca. Nº36 (2014), págs. 35-58

MORALES SANCHEZ, Narciso. “Los cañones de Carlos V”, *Gladius*. Instituto de historia (CSIC). Nº 8 (1969), págs. 63-69

SÁEZ ABAD, Rubén. *La Primera Cruzada, 1096-1099*. HRM Ediciones, 2018

SALVA, Jaime. *La orden de Malta y las acciones navales españolas contra turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII*. Instituto histórico de marina, Madrid, 1944

SEGUÍ BELTRÁN, Andreu. “El corso en Baleares en el siglo XVI”, *Drassana*. Universitat Pompeu Fabra y Universitat de les illes Balears. Nº23 (2015), págs. 114-123

SERRANO, Luciano. *España en Lepanto*. Editorial Swan, S.L. Avantos & Hakeldama, Madrid, 1986